

# SUR

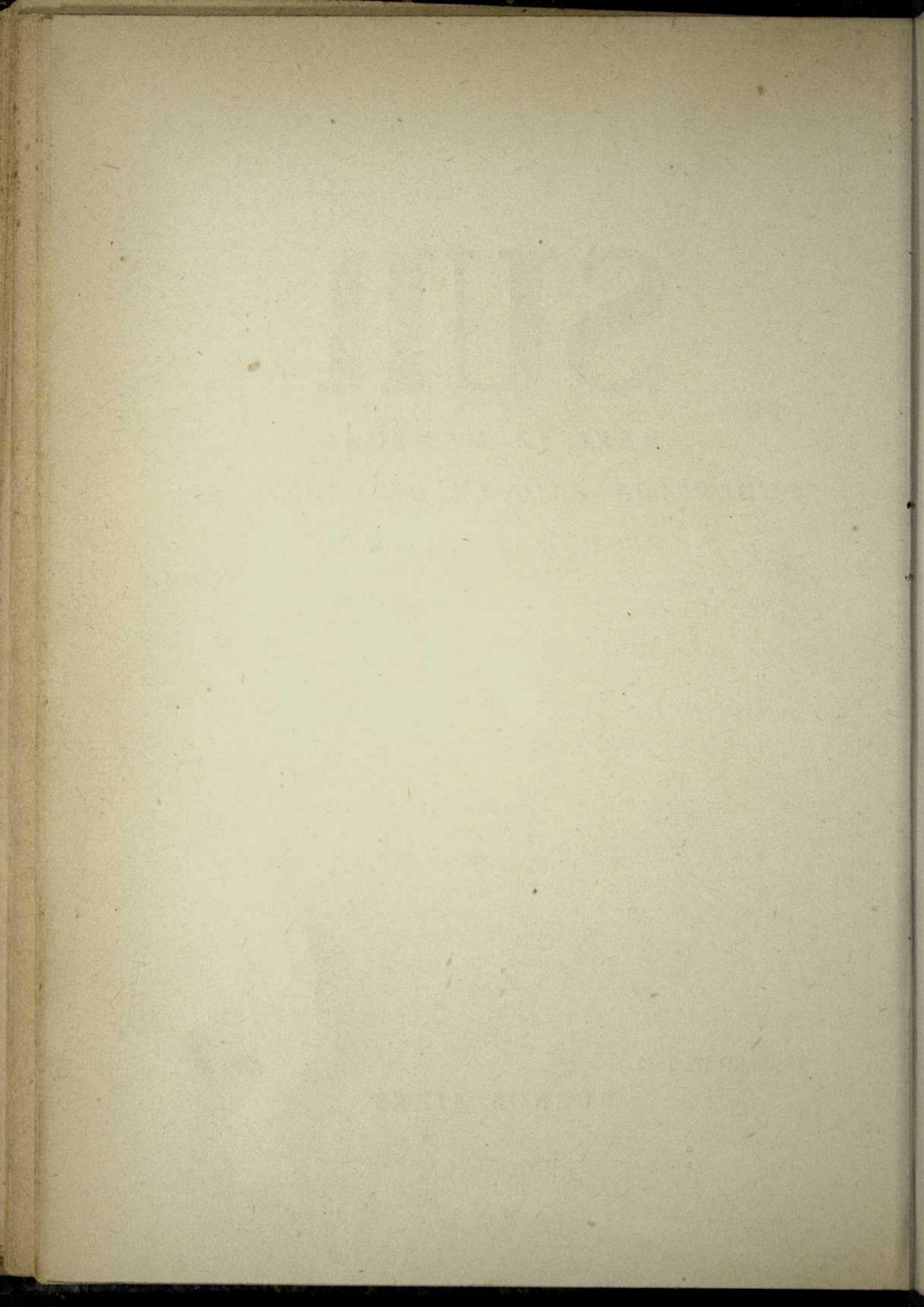
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE  
VICTORIA OCAMPO

FEBRERO DE 1942

AÑO XII

BUENOS AIRES



# S U M A R I O

S I L V I N A    O C A M P O  
*A UNA PERSONA DORMIDA*

W A L D O    F R A N K  
*LA GUERRA SIMPLE Y LA GUERRA  
PROFUNDA*

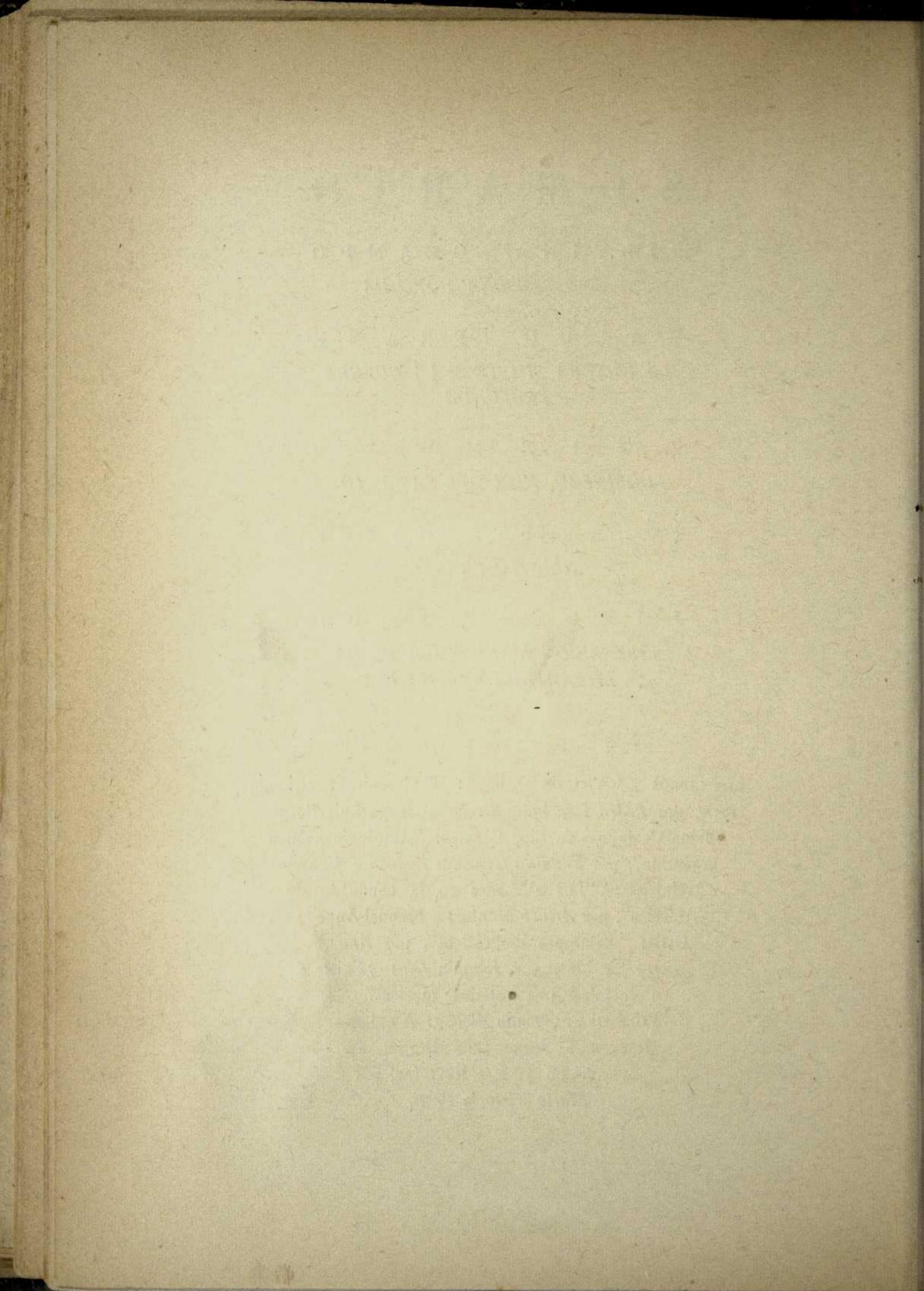
E T I E M B L E  
*GOBINEAU, JUEZ DEL FASCISMO*

J O H N    S T E I N B E C K  
*JUANITO EL OSO*

J O R G E    A M A D O  
*LIBERACIÓN LINGÜÍSTICA DE LA  
LITERATURA BRASILEÑA*

N O T A S

LOS LIBROS ☆ Victoria Ocampo: "Testimonios"; segunda serie, por *Pedro Henríquez Ureña* ☆ Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y A. Bioy Casares: "Antología poética argentina", por *Eduardo González Lanuza* ☆ Germán Arciniegas: "Los alemanes en la conquista de América", por *Arturo Monfort* ☆ Manuel Ángeles Ortiz: "Estampas litográficas", por *Ana M. Berry* ☆ MÚSICA ☆ *Joaquín Nin*: ¿Existe en realidad una estética musical? ☆ POLÉMICA ☆ *Amado Alonso*: A quienes leyeron a Jorge Luis Borges, en SUR, N° 86 ☆ LAS REVISTAS, por *María Victoria Prati*.



## A U N A P E R S O N A D O R M I D A

No lograrás que ciega sea tu frente:  
en tus cerrados ojos persistente  
será el mundo que has visto; sus reflejos  
serán los dibujados azulejos  
de trémula memoria que has guardado:  
escalinatas blancas, un pescado,  
un león que tiene cara de señor.  
Todo es mentira y todo es cierto ahora:  
podrás ser criminal o ser cantor,  
la tarde infiel, la pacificadora  
costa donde el océano comienza,  
de un grabado las palmas y una trenza,  
la bofetada, el lívido estileto,  
el principio falaz de algún soneto.  
Ah! si tuviera el sueño un argumento  
como el de la vigilia, largo; un cuento  
diverso de la vida, otros amores,  
otros antepasados, y en colores  
ultravioletas vistos por palomas  
otros jardines, piedras con aromas.

Si los sueños atónitos pudiesen  
buscarse unos a otros, si se viesan . . .  
para seguir tu sueño tan fraterno  
cruzaría las cárceles oscuras  
de Piranesi o Kafka, las torturas.  
Por tu sueño yo iría hasta el infierno  
con certeza de sombra, con paciencia,  
y en deslumbrados tiempos de clemencia,  
como Polícrates no arrojaría  
mi anillo — toda dicha guardaría  
en inmóvil postura de diseño,  
para llevar mi sueño hasta tu sueño.

*SILVINA OCAMPO*

# LA GUERRA SIMPLE Y LA GUERRA PROFUNDA<sup>1)</sup>

Este libro fué escrito de noviembre de 1939 a enero de 1940. Francia aún permanecía detrás de su línea Maginot. Gran Bretaña aún no había saboreado el amargo fruto de su propia siembra política en Dunkerque y el bombardeo de Londres. Holanda, Bélgica y Escandinavia todavía se aferraban a la ilusión de “neutralidad en una guerra que no nos incumbe”. Los aislacionistas de los Estados Unidos eran fuertes; el “America First Committee” reunía quince millones de ellos encabezados por el mecánico de mente mecanizada, Coronel Lindbergh, que fué el héroe de toda una generación americana. Los intelectuales y socialistas, con desgraciadamente pocas excepciones, insistían en que ésta era una “guerra nacional como la pasada”, y “era asunto de Europa arreglarse con Hitler” o (lo más monstruoso de todo) que “no había para qué elegir entre el imperialismo británico y el nazi”. En cuanto a los comunistas, remedaban torpemente a Moscú; la semana en que apareció el *Itinerario para aguas borrascosas* publicaron una salvaje caricatura donde se presentaba una guardia de corps en que se nos incluía a Lewis Mumford, Archibald MacLeish y a mí, como sirvientes de J. P. Morgan — porque habíamos insistido durante años en que esta guerra era una contra-revolución en la cual se hallaban envueltos todos los hombres, y que más valiera que nos apresuráramos a ayudar a Francia

<sup>1</sup> Prólogo a la edición castellana (1942) de *Chart for rough waters*.

y Gran Bretaña, a menos que América prefiriera luego soportar el embate de la batalla entera.

Todo esto ha cambiado, desde luego; pero, profundamente, nada ha cambiado, y por eso mi librito —a pesar de algunas referencias a hechos políticos y militares que ya no son tales hechos— es más oportuno ahora que cuando lo escribí. Francia, por ejemplo, que estaba entonces en la guerra como aliada de Inglaterra, en realidad era ya la Francia dividida, postrada, cuya traición a España y Checoslovaquia, cuya subordinación a Chamberlain y cuya negativa a cooperar con la Unión Soviética forzó a Rusia a un pacto con Berlín, desató la guerra y atrajo su propia destrucción. Las razones básicas de esta trágica división de Francia, arquetipo de cultura occidental, son el verdadero objeto de estas páginas. Y los Estados Unidos, entonces, no estaban *en* la guerra. Ahora saben que se hallan envueltas en una lucha militar a muerte con Alemania y Japón. Pero, como en este libro se explica, ya estaban en la Guerra Profunda, de la cual la presente lucha nacional es sólo un síntoma. Y esta Guerra Profunda, Estados Unidos no la conoce aún; esta Guerra Profunda es una Revolución. Hitler representa, por cierto, las fuerzas contra-revolucionarias de esta lucha, la más crucial desde los comienzos de la historia humana. Pero muchos hombres que están *contra* Hitler están, profundamente, en el mismo lado de la batalla. Y es en nuestra propia psicología, en nuestro arte, en nuestra política, en la vida social y política diaria donde este tomito revela los elementos esenciales de lo que detestamos y combatimos como hitlerismo.

En algunos países (Alemania, Italia, Japón, España), la contra-revolución —que es el asalto contra el hombre y contra lo que yo llamo la Gran Tradición— ya conquistó el Estado. Ésta es la “guerra simple” contra ciertas “naciones”, en la que debemos triunfar para sobrevivir. Pero el sobrevivir mismo en la guerra simple y en la “paz” que siga, depende de que conozcamos la Guerra Profunda; de que llevemos bien

la Guerra Profunda, incluso mientras empleamos nuestras fuerzas en ganar la guerra simple. Y éste es el verdadero tema de este pequeño volumen.

Las páginas dedicadas a la Unión Soviética y a las relaciones entre el totalitarismo staliniano y el nazismo son las que satisfacen menos a su autor. No es porque al releerlas, después de más de dos años, las encuentre equivocadas; sino porque las encuentro insuficientes. La visión que yo tenía de la Unión Soviética cuando escribí el *Amanecer en Rusia*, en 1931, aún me parece justa. Nunca perdí la fe en la revolución rusa, que pertenece al pueblo ruso. Pero los peligros que preví entonces, cuyas raíces se hallaban en los hábitos culturales de la vieja Rusia y cuyo crecimiento yo temía *si el mundo capitalista continuaba apartando a la Unión Soviética*: esos peligros han resultado ciertos, demasiado seguramente. Creo ahora, como creía hace dos años, que Stalin le estrechó la mano a Hitler en el pacto de no agresión y luego se lanzó contra Finlandia por temor de Alemania y justificada desconfianza frente a Francia y Gran Bretaña, que habían desairado insistentemente a los Soviets. Tan pronto como Rusia se desvió de la estricta línea Lenin-Trotsky-Chicherin, de no colaboración con ningún gobierno capitalista y de apelar, por sobre los gobiernos, a *todos* los pueblos, no quedaba otro camino abierto a Stalin que una política de fuerza. Creo que tanto Hitler como Stalin estaban “ganando tiempo”. Stalin esperaba que Hitler se debilitaría y caería; Hitler esperaba terminar con Francia e Inglaterra. Stalin miraba hacia una paz sin guerra; Hitler miraba hacia una conquista del mundo por trozos. Pero el temor llevó a Hitler contra Rusia en el verano de 1941; no se atrevió a volver todo su poderío contra Inglaterra o hacia el sur, por Turquía, con los ejércitos rusos intactos a sus espaldas. El error de Hitler ha sido el del cobarde y baladrón que se ha excedido en sus fanfarronadas. La tragedia de

Stalin fué que había perdido hacía mucho (tal vez con razón) confianza en los pueblos de occidente para ayudar a su revolución. El error de Hitler lo destruirá. La Unión Soviética, gracias en parte a Hitler, emergerá de la tragedia en una consumación más profunda y real del gran ideal de 1917.

Los ejércitos rusos han combatido tan magníficamente que los mismos que veían a Rusia “toda negra” la pintan ahora “toda blanca”. Y esto es meramente el reverso de la manera vaga y estúpida de pensar que ha causado la desgracia de nuestra era... Veamos un momento este asunto del “magnífico combatir”. Los rusos luchan bien porque defienden su amada patria y *porque creen totalmente en sus jefes e instituciones*. ¿Demuestra esto que están en lo cierto? Entonces lo mismo debe decirse de los jefes y las instituciones de la Alemania nazi, puesto que los alemanes no han luchado con menos esplendor en suelo ruso, francés y africano. Es obvio que el factor importante en la calidad del combatir no es el *valor* de la causa por la cual combaten los soldados, sino su *completa devoción* a ella. Esto se prueba, inversamente, en el caso del mal combatir. Los franceses, aunque estaban defendiendo su amado suelo y una buena causa, no combatieron demasiado bien contra los alemanes, cuya causa era mala. ¿Por qué? Porque su confianza en su Democracia había sido minada por el vergonzoso comportamiento de su República hacia España, hacia sus propios fascistas y en Munich. Años de oportunismo, corrupción y cobardía “democráticas”, en asuntos internos y externos, habían nublado la clara mentalidad francesa en lo referente a la realidad de la causa por la cual Francia luchaba. Los franceses creían, aún creen, en la Democracia — pero no de la marca que suministraba el *Front Populaire* (por razones que este libro revela). También los italianos han combatido mal. Y ello prueba que desconfían de su causa fascista. Los alemanes luchan bien por el fascismo (hasta ahora) porque aún creen en él. Los italianos son demasiado inteligentes

para creer en el fascismo, y combaten mal. Dos de las naciones más inteligentes del mundo combaten mal: los franceses porque han perdido confianza en *su* clase de democracia; los italianos porque son demasiado inteligentes para creer en un Duce.

Hay en esto una lección para nosotros. A diferencia de los alemanes, nosotros los de las Américas estamos demasiado adelantados en nuestra dedicación a la manera democrática de vivir para que podamos entregarnos de todo corazón a una causa fascista de codicia del poder y de servidumbre. Si por esos disparates y debilidades que este libro discute, llegáramos (como Italia) a ser víctima de nuestros elementos reaccionarios, combatiríamos, no como los estúpidos alemanes, sino probablemente como los italianos. Y sucumbiríamos, como los italianos, ante un enemigo fascista más primitivo y menos dividido que nosotros. Estamos luchando por la Democracia — por una buena causa. Pero si no comenzamos a darnos cuenta de la justicia social, de la realización personal que la Democracia significa, seguiremos avanzando hacia la guerra, trabados por dudas y confusiones; y un desastre, no idéntico pero sí análogo al de Francia, nos puede acaecer. Las fuerzas de inercia de la oscuridad y del sueño espiritual son muy claras; tienen la fuerza de todo el *pasado* de la humanidad. Las fuerzas de la luz y del despertar espiritual tienen la sola fuerza del futuro del hombre: del destino esencial del hombre. Ésta es la fuerza más grande de todas. *¡Pero sólo si lo sabemos!* Aumentar ese conocimiento es el propósito de este librito. Ahora es más verdad que nunca que la Luz nos libertará. La Palabra que informe al Hombre de su verdadera naturaleza es la más urgente, la más inmediata, la más efectiva de las armas en la Guerra Profunda cuyo resultado es un punto decisivo en la historia humana, y la solemne responsabilidad de nuestra generación.

La derrota en la Guerra Profunda (aunque todos los de Hitler estén muertos) nos sumergiría en la esclavitud de nuestro mismo hombre-máquina (si no erigimos en conductores a verdaderas personas) que dirigirá la paz de extenuación y confusión que hasta ejércitos victoriosos traen consigo. La victoria en la Guerra Profunda nos llevará finalmente al *comienzo* de este progreso hacia la libertad que no pudo ser bajo la República Cristiana Medieval porque los hombres no sabían bastante de la naturaleza para dominar la naturaleza; y que no pudo ser bajo los sistemas económicos y políticos de los siglos XVIII y XIX porque los hombres no sabían bastante del Hombre para dominarse a sí mismos. En la República Cristiana Medieval tenían que existir esclavos que produjeran ocio para los pocos; “justicia y libertad” se trasladaban al Cielo; y los esclavos finalmente se alzaron para derribar la República en sombras. En las repúblicas de los siglos XIX y XX, los hombres fueron y son esclavos de sus propias pasiones, por falta de ese profundo conocimiento del hombre, el único que puede producir ese autodomínio; y al final, ambición e ignorancia, bajo nombres como el de fascismo, se levantaron para destruir la República todavía en sombras. Podemos derrotar al enemigo exterior y con todo perder nuestra República, todavía en sombras. Podemos vencer en la guerra simple y perder la Guerra Profunda. Un millón de aviones de bombardeo no basta; bases navales que guarnezcan el hemisferio hasta el Cabo de Hornos no bastan. Lo que se necesita es *Conocimiento*.

La situación de América Hispana en esta crisis es sumamente privilegiada. A diferencia de los Estados Unidos, donde —*hasta en el día en que Pearl Harbour fué bombardeado*— se llevaban a cabo reuniones aislacionistas, los pueblos de América Hispana saben por anticipado que están envueltos inevitablemente. África se encuentra a distancia de atacar al Brasil. Japón victorioso podría dar un zarpazo donde quisie-

ra en el Pacífico, desde México hasta Chile. Así como la seguridad de los Estados Unidos reposaba, durante nuestras vacaciones de paz, sobre la armada británica, así la seguridad de América Hispana reposa sobre las flotas aliadas. Sí, América Hispana sabe que está envuelta en la guerra simple: la amenaza del Eje contra sus ideales e instituciones. Pero, en contraste con los Estados Unidos, no se encuentra aún tan completamente abrumada por la efectiva tarea de la guerra simple —la producción de armas, barcos, ejércitos— como para no poder fijar sus energías y talentos en la Guerra Profunda.

Nosotros, los de Estados Unidos, debemos también continuar nuestra búsqueda de justicia social, de creación de personas, de conocimiento orgánico: de otro modo, ganaremos la guerra simple sólo para perder la Paz; sólo para encontrar nuestras máquinas y ejércitos en manos de nuestra propia ignorancia. Pero la tarea será doblemente dura para nosotros si permanecemos solos. Pues debemos emplear nuestras aptitudes en los problemas inmediatos de armamento, y en estas aptitudes somos fuertes; mientras que en los reinos del conocimiento y de la visión donde se pelea la Guerra Profunda, somos débiles. Por qué somos débiles en estos reinos, es lo que este libro y otros libros míos han procurado explicar. Por qué, donde nosotros somos débiles, América Hispana es fuerte, han tratado de explicarlo libros como *América Hispana*.

La tarea inmediata de los Estados Unidos, hoy, es dedicar su incomparable arsenal de técnicos a la destrucción de la horrible Contrarrevolución, personificada por Hitler. La tarea inmediata de América Hispana es *formar* su ilimitada riqueza de intuición y visión, acumulada desde su pasado Indohispánico, en un arsenal de métodos, ideas, valores y directivas por medio del cual el hombre pueda comenzar de nuevo su marcha hacia la Libertad, *esta vez por buen camino*.

El fracaso de dos siglos de "Progreso democrático" no será fracaso si aprendemos las causas del fracaso, las llevamos a nuestros corazo-

nes y mentes, y las aprovechamos. El gran mundo hispánico, como he tratado de mostrarlo en mis libros, por su equipo cultural, por su especial posición en la crisis del mundo, es el privilegiado para esta tarea creadora. *Ahora, si alguna vez ha de ser*, los hombres de cultura de América Hispana deben adquirir disciplina, método, integración, para estar a la altura de sus destinos. Hay una técnica del espíritu, no menos que de la mecánica. En ella América Hispana es débil. *Esta técnica la debe aprender América Hispana.*

Escribo estas palabras en Detroit, donde el conjunto de máquinas más colosal del mundo —la industria del motor— se va preparando, ante mis ojos, para la producción de maquinaria bélica: de *potencia bélica*. Que América Hispana, por una análoga intensidad de disciplina, movilice su potencia de paz —los recursos mentales de la intuición y la imaginación de sus masas Amerindio-hispano-africanas. Entonces la paz surgirá de la oscuridad de la guerra: un verdadero amanecer del mundo humano.

*Detroit, 9 de enero de 1942.*

WALDO FRANK

# GOBINEAU, JUEZ DEL FASCISMO

a David M. Weil

“No está en modo alguno probado que una nación, organizada para la guerra, valga más que otra a la que haya subyugado. Una caterva de bandidos está mejor organizada para el robo y el asesinato que una familia respetable y honesta”.

*Prokesch a Gobineau*, abril 13 de 1857.

Como toda idea es falsa, esta idea ha prosperado: “Sólo Hitler es grande, pero Gobineau es su profeta”. Después que el señor Schickgrubel, o Schickgröber, o Schicksalgrübelnd ha tomado el nombre de Adolf Hitler, cuando escriben sobre Gobineau los críticos y periodistas —tanto alemanes como franceses —no tienen, en efecto, más que un mismo y único propósito: demostrar, ya sea para la mayor gloria o para la más abyecta infamia del escritor en cuestión, que *Mein Kampf* está preformado en *Les Pléiades*, o en el *Essai*.

Desde la guerra de 1914, Mme. de Guldencrone se creyó en el deber de dirigir al “*Temps*”, que la publicó el 8 de enero de 1915, una carta patriótica en la cual —apoyada en su rango de hija legítima— la descendiente del “hijo de rey” certificaba que su padre aborrecía a los alemanes, “mezcla heterogénea de elementos inferiores”. Si debiéramos y pudiéramos creer en ese testimonio, Gobineau habría proferido tal juicio “más de cien veces”. Poco más tarde, mientras se preparaba en 1919 la estúpida “paz” de Versailles, el señor André Billy se felicitaba de que al menos ese tratado ofrecería a los franceses, con Estrasburgo y Alsacia y Lorena, un Gobineau “desanexado”.

Al parecer, estos dos “chauvins” pretendían, así, protestar contra la interpretación pangermanista, cuya exégesis, hecha por Ludwig Sche-

mann, había gravado la obra del diplomático francés. Como puede imaginarse, ese jueguito inteligente apasionó después de 1933, y en qué forma, a los barresianos y otros patriotas que se creyeron obligados a condenar en Gobineau, con Houston Stewart Chamberlain y Nietzsche, a uno de los padres espirituales de los señores Goebbels y Rosenberg. Son pocos, desde entonces, los que discuten o niegan la filiación.

Confesemos que las apariencias perjudican al “hijo de rey”: en estos últimos días, la propaganda rusa esgrime algunas declaraciones de un oficial alemán capturado en el frente finlandés; el oficial alemán habría hablado en términos bastante vivos de esos “puercos” de fineses, y deplorado que la obediencia militar le impusiera rozarse con ellos; y bien: ese nazi, de conocer sus clásicos, hubiera podido citar en su auxilio al Graf Arthur von Gobineau, quien veía en la raza finesa una chusma de siervos “deformes” y de “curtida piel”<sup>1</sup>. ¿Y acaso Tocqueville en persona, el indulgente Tocqueville, no reprochaba a su ex-secretario de gabinete que emitiera juicios a tal punto inicuos y parciales sobre Francia que más bien hubieran podido esperarse de un “pedantesco profesor alemán”?

Aquí las apariencias son engañosas. Es verdad que las obras de Gobineau tuvieron una acogida bastante favorable en Alemania; que el *Essai, La Renaissance*, fueron allí traducidos y retraducidos, como más tarde *L'Abbaye de Tiphaines, Mademoiselle Irnois, Adelaïde, Le mouchoir rouge y Trois ans en Asie*; que ningún otro país, ni siquiera la Italia fascista, recibió tan generosamente al gobinismo, o a la gobinitis, quizá. Pero ¡vamos! ¿Acaso los franceses, bajo pretexto que *Le neveu de Rameau* les fué revelado por una traducción alemana, acusarán a Diderot de servir la causa hitlerista? Tanto vale que los nazis nos hayan revelado no importa qué de Gobineau. La leyenda, cuidadosamente alimentada por la mentira hitlerista, pretende que ningún francés ha sabido discernir el talento del ensayista y las ideas

<sup>1</sup> Ejemplos: Paavo Nurmi, Lonnröt, Sibelius, etc...

del novelista. Pues bien: la verdad es otra: entre el 25 de agosto de 1838 —Gobineau tiene entonces 22 años— y la entrada del joven al gabinete de Tocqueville, en 1849, las gacetas y revistas francesas están llenas de Gobineau. “France et Europe”, “Commerce”, “La Quotidienne”, “L’Union Monarchique”, las “Revue Nouvelle”, “Revue de Paris” y “Revue de Deux Mondes”, sin contar los periódicos menos célebres, todo lo que se imprime imprime a Gobineau; notas críticas —literarias o políticas—, orientalismo, cuentos, novelas, Gobineau pulula; *Ternove*, *Mademoiselle Irnois*, *Nicolas Belavoir*, *L’Abbaye de Tiphaines* se publican en una sola entrega o en folletín; Balzac, Jules Janin, Stendhal o Sainte Beuve, no hay gran hombre, no hay hombre ilustre de su tiempo sobre quien Gobineau no haya solicitado escribir. Esta hospitalidad ofrecida en todas partes a un autor tan joven ¿es el signo de una proscripción sistemática? Conozco a más de uno que, menos feliz que Gobineau, se tendría por muy feliz. A pesar de los hechos que cito, cuya ignorancia es trabajosa, la causa está juzgada: algunos escritores, que quieren pasar por astutos, despachan a Gobineau al otro lado de la frontera, y los hitleristas, demasiado contentos con la ganga, despliegan toda su mala fe para “reanexar”, en tanto esperan Strassburg y Elsass-Lothringen, al sedicente retoño de Ottar Jarl. Numerosas tesis abundan en este sentido, sobre todo la del señor Rudolf Streidl: parece que el *Essai* justifica el asesinato de Dollfuss, que sólo los nazis son capaces de emitir sobre Gobineau un “juicio objetivo”<sup>1</sup>, y que los franceses están descalificados para siempre como lectores, amigos o enemigos de su compatriota.

Entre los patrioteros a lo Maurice Lange, que acusan a Gobineau de todos los pecados de Bismarck, y los patrioteros a lo Ludwig Schemann, que ensalzan en Gobineau a un pre-hitlerista, entre aquellos que odian y aquellos que veneran en él a un verdadero racista, ¿no hay

<sup>1</sup> Lo que no es óbice para que el señor Streidl profese el nazismo, doctrina que se jacta de despreciar, en la *objetividad*, una de las boberías del pensamiento judeo-democrático.

posición defendible? Se ha tratado de encontrarla: le ha tocado a un francés intentar la síntesis de las doctrinas enemigas; uno de los sub-jefes de la quinta columna, el director de un diariucho derrotista, el propio nieto del gran hombre, el señor Clément Serpeille de Gobineau, descubrió, en efecto, que Adolf Hitler fué profetizado por su abuelo, mas para bien de Francia. *Heil Gobineau!*

Patrioteros, nazis y sub-jefes de la quinta columna, todos se engañan; bajo su influencia yo también me engañé, no hace mucho, cuando escribía que los fascistas “no pueden apelar a Gobineau” sin adoptar las “inexactitudes y errores que aquél ha prodigado”<sup>1</sup>. Debo, pues, hacer aquí una retractación pública. Releyendo cuidadosamente al diplomático francés he podido convencerme que fascismo, estatismo, pan-germanismo y antisemitismo repugnan a la sensibilidad, —tanto, sino más, que al pensamiento— de los “hijos de rey”. Ya se trate de metafísica, de política o de antropología, Gobineau sostiene una tesis hostil a los dictadores.

Fué un extraño católico, ciertamente. Su condescendencia con la religión de su padre no comprometía en nada su espíritu o su vida moral. Luego de haber defendido en la Iglesia el único poder capaz de mantener al pueblo en una propicia sumisión a los condes, marqueses y duques, llegó —cuando aumentó su escepticismo— a no aceptar la docilidad a los ritos sino por la alegría que le causaba burlar a los positivistas o impacientar a los renanianos. Incluso cuando se hubo separado del cuerpo de los fieles, no combatió jamás, públicamente, la fe cristiana. Nada de común, por consecuencia, entre el agnosticismo (o la indiferencia) del filósofo y el frenesí anti-evangélico de la religión hitlerista.

Los nazis quisieran invocar la carta del 9 de setiembre de 1873. Ministro de Francia en Estocolmo, el mitómano descendiente de Ottar

<sup>1</sup> *Gobineau sinologue*, N. R. F., febrero de 1934.

Jarl declara haberse promovido “a la dignidad de gran sacerdote de Odin, de Thor y de Frey”. Admito que, al llegar a Suecia, Gobineau se haya librado al romanticismo de su imaginación; quiero creer que, a falta de Viking, haya saboreado “devotamente”, junto a un túmulo donde se veneraba a Odin<sup>1</sup>, la hidromiel bebida en cuerno; asimismo, como la fantasía era en él tan tiránica, quizá durante algunos minutos haya realmente esperado volver a encontrar, de esta manera, “la religión de sus padres”. Pero yo, en Suecia, he comido “smorgasbröd”, sin convertirme en fiel de la trinidad nórdica, y en Tehotihuacán he trepado “devotamente” los peldaños abruptos que suben hasta el sol, y allí arriba he sentido un estremecimiento religioso; y, sin embargo, nunca hice sacrificios al dios Huitzilopochtli. La religión nórdica de Gobineau no era más ferviente que la mía. Una de sus cartas a Carolina, precisamente la del 9 de setiembre de 1873, no deja dudas al respecto. El “templo” de que habla nuestro filósofo, el templo del dios Odin, queda en “Nybrogaten (Estocolmo), en el tercer piso”; diecinueve fieles lo frecuentan; dicho de otra manera: un grupo de amigos se reúnen a veces en el domicilio de Gobineau para hablar de todo un poco, ¿y por qué no del dios Odin? No más que antiguamente el dogma romano o cristiano, la mitología escandinava no esclaviza el pensamiento. En una carta donde Gobineau confiesa a Carolina que ha abjurado del dios cristiano, agrava su escepticismo con una repulsa colectiva que concierne a *Jupiter maximus optimus* y —pido perdón al doctor Goebbels— a Odin. Como a los dioses de los judíos, papus o bosquimanos, el sociólogo del *Essai* concede a los dioses del norte una cierta importancia histórica; nada más; Odin no es más *verdadero* que Jesús.

Sin embargo es hacia Odin, Thor y Frey, y —mediante ellos— hacia sí mismo, que Adolf Hitler quiere retraer a los infortunados que, todavía por algún tiempo, tuvo la imprudencia de llamar “Du, mein Volk...” No, no fué en modo alguno para anunciar a Hitler que

<sup>1</sup> *Lettre à Caroline*, octubre 11 de 1872.

Gobineau bebió hidromiel al cuerno; fué, según toda verosimilitud, porque ese paganismo entrevisto le ofrecía el “alibi” que buscaba para atreverse a dejar a su mujer y seguir a la condesa de la Tour<sup>1</sup>. Frágil fundamento para una metafísica. En cuanto a suponer que Gobineau pueda aceptar por dios a Hitler, es ignorar el A. B. C. de la política gobinista.

Política muy simple y, en suma, hasta simplista: admiración sin reservas por el sistema brahamánico de las castas, esa genialidad de los arios; admiración mitigada por el sistema feudal, tal como se desarrollaba entre el 900 y el 1300; todo lo demás, pudredumbre democrática.

Feudal en esa su ineptitud para no concebir la ciudad, la patria, el *Vaterland*, sino como una “monstruosidad cananiense”<sup>2</sup>, tan bestial como un baal; feudal, incluso, en que no acepta que los “problemas de conciencia” permanezcan “sin resolver en el espíritu” durante todo el tiempo en que los condes, marqueses y duques ignoren “lo que la patria ordena que se piense de ella”<sup>3</sup>, este gran vasallo extraviado en plena época mercantil, el conde Arthur de Gobineau, rehusa aceptar un siglo “invadido por los gobiernos”<sup>4</sup>. Barones que guerreaban para aumentar sus feudos, villanos que labraban las tierras de barones, nada de funcionarios, sobre todo, nada de *missi dominici* o de intendentes, nada de policía o justicia centrales que usurparían los derechos de alta y baja justicia señorial: tal es, para un “hijo de rey”, la única política tolerable.

¿Qué ha hecho Gobineau sino denunciar una Atenas semitizada al

<sup>1</sup> Por prolijo que sea en detalles biográficos, el señor Clément Serpeille de Gobineau omite señalar la separación de los esposos; ¿a tal punto estará mal nazificado que todavía acuerda cierto valor a los lazos matrimoniales, a la filiación legítima y a otras bajezas judeo-democráticas?

<sup>2</sup> *Essai*: II, 31 (cito de acuerdo con la segunda edición de 1884, en dos volúmenes).

<sup>3</sup> *Essai*: II, 42.

<sup>4</sup> *Lettre à Prokesch*, setiembre 6 de 1856.

punto increíble de organizar en sus estadios “concursos de jóvenes desnudas”<sup>1</sup>, al punto escandaloso de exaltar oficialmente la “belleza física” e instaurar “criaderos de ciudadanos firmemente tallados, sólidos y vigorosos”?<sup>2</sup> Gobineau añora las “cortes de amor” y los cinturones de castidad.

“Todo por el Estado, todo para el Estado, nada fuera del Estado”, contesta la religión fascista a Gobineau. La historia patrioterica, la verdad sometida al buen placer del dictador, las jóvenes desnudas, todo, hasta los “criaderos de ciudadanos”, todo aquello que Gobineau aborrece y tacha de semítico, constituye el orgullo mismo de Adolf Hitler, su esperanza y su sostén.

A ese Hitler que sueña con someter el planeta a formas de esclavitud más severas, si es posible, que la explotación colonial ¿se lo tendrá por discípulo de ese Gobineau que nunca encuentra palabras demasiado duras para calificar las potencias imperialistas, ni demasiada indulgencia para los pueblos oprimidos? El Cairo, Alejandría, cuando allí se detiene el autor del *Essai sur l'inégalité des races*, son para él otras tantas ciudades en donde europeos muy “poco recomendables” suscitan y mantienen el “desprecio”, hasta el “odio”<sup>3</sup>, que los pobres indígenas sienten por ellos. En cambio, turcos, árabes, persas, “¡qué personas encantadoras!” Lástima que los blancos, siempre ellos, los “arruinen en todo lo que pueden”<sup>4</sup>. En Teherán, he aquí que Gobineau —gran despreciativo, según parece, de la piel negra— toma la defensa de Asaf Khan, desgraciado “gran visir de uno de los príncipes hindúes que más se destacaron en la sedición de 1857”. Cuánto entusiasmo por ese proscrito “muy negro”, que los ingleses quisieran colgar. “No ríe; sonrío con una expresión admirable. Lo cual prueba que, moralmente, es harto superior”<sup>5</sup> a sus amos. Eso sería poco. Asaf

<sup>1</sup> *Essai*, II, 43.

<sup>2</sup> *Essai*, II, 43.

<sup>3</sup> *Lettre à Prokesch*, marzo 22 de 1855.

<sup>4</sup> *Lettre à Prokesch*, marzo 26 de 1855.

<sup>5</sup> *Lettre à Prokesch*, junio 5 de 1863.

Khan es, simplemente, “único en el mundo”; “no se podría quererlo bastante”.

A ese Hitler, a ese Mussolini que sólo sueñan en buscar camorra a los demás, que sólo estiman en los demás la “vida peligrosa” y la disciplina de cuartel, ¿se los tendrá por discípulos de ese Gobineau que en modo alguno protesta cuando Prokesch, general de profesión, le escribe su desprecio hacia las naciones que sólo se organizan para la guerra y que en esa forma se creen superiores a los pueblos que subyugan?

Cuando aún continuaba apegado al catolicismo por la fuerza de su educación, Gobineau pudo seguir a Joseph de Maistre en la glorificación de la guerra, considerada como un juicio de Dios. Pero, en 1871, ya es otra cosa. “La guerra, antaño lo más bello y noble del mundo”, le parece que se ha convertido, gracias a las máquinas y los grandes ejércitos modernos, en la empresa humana “más absurda, tonta y envilecedora”<sup>1</sup>. Él, que se indignaba en 1870 de ver a los franceses demoler a cañonazos algunas casas de un pueblo alemán, ¿qué hubiese escrito de *la Guerra Total*, de Rotterdam triturada, de Varsovia arrasada, de Coventry pulverizada? Este hombre bien nacido vive en el siglo de Juan el bueno. A veces, en sus salidas contra el paganismo, acompaña a la gente de Sire de Joinville; para él, nobleza obliga. Feudal hacia y contra todo: contra el vapor o la electricidad, contra las máquinas para masacrar humildes y civiles, contra submarinos y gases asfixiantes.

No es que la fuerza carezca —a su juicio— de virtud y derechos. Sólo que no tiene todos los derechos. No tiene en modo alguno, por ejemplo, el de decidir, “por el azar de las conquistas”, la muerte o “la vida de un pueblo”<sup>2</sup>, sea el que sea. La sola fuerza no podría formar un gobierno, puesto que todo gobierno, por definición, “es malo cuando

<sup>1</sup> *Lettre à Marie Dragoumis*, N. R. F., febrero de 1934. Siempre juguete de su imaginación, Gobineau no sabe sino adorar la guerra, o anatematizarla. Pero hay que comprender la guerra, es decir aborrecerla, y, en caso necesario, aceptarla como el mal menor. De hecho, no es siempre el mal supremo. Peor es una “paz” hitlerista.

<sup>2</sup> *Essai*, I, 33.

ha sido impuesto por una influencia extranjera”<sup>1</sup>. Tampoco podría arrogarse todas las prerrogativas en un estado, ni ser el soberano bien, pues debe reputarse malo todo gobierno que se propone la “conquista pura y simple”<sup>2</sup>. He aquí condenados, al mismo tiempo, el estado de tipo hitlerista y el estado que, bajo la presión nazi, fundan los Quislings y los Pétains.

Ese Hitler que sueña con abolir hasta el recuerdo, hasta la esperanza de la democracia, ¿puede, al menos, proclamarse descendiente de ese Gobineau que combatió sin tregua a la República, tercera de ese nombre, de la cual era ministro en ejercicio? Ese Hitler ¿no hubiera encontrado en Gobineau, al menos, un derrotista resignado al “nuevo orden”, el de las tibias cruzadas? Sin duda Gobineau ha visto en la guerra de 1870 una suerte de expiación por la toma de la Bastilla; por una burla del destino, el conde Arthur de Gobineau celebraba su cumpleaños el 14 de julio, día entre todos execrable, y que un azar le permitía maldecir solemnemente; se concibe que haya visto en Sedan la “incubación” de las “miasmas que una plebe galo-romana”, el pueblo francés, “llevaba necesariamente en su seno”<sup>3</sup>. Pero Sedan marca el fin de un régimen autoritario, no el de una democracia; Gobineau aplaude el fin de lo que hoy llamaríamos un “fascismo”. ¿Significa que nuestro filósofo, alemán ante todo, prefiere la victoria de un absolutismo francés a la de un autocratismo más liberal, pero prusiano? Sería conocerlo mal. Alemania no vale más que esta Francia plebeya; no ha sabido, durante toda la primera mitad del siglo XIX, sino infectar a Francia con un gran número de “tristes” doctrinas “nebulosas”<sup>4</sup>; ¿a

<sup>1</sup> *Essai*, I, 19.

<sup>2</sup> *Essai*, I, 20.

<sup>3</sup> Igual canción, hoy día, en el campo peténico: Francia expía. Creíamos saber que la Francia republicana había ganado la guerra de 1914. ¿Habrá que admitir que Dios se ha equivocado en noviembre de 1918? No se sabe que Clemenceau haya resucitado a Luis XVI o reconstruido la Bastilla. Entonces ¿por qué no hemos “expiado” en 1914? ¿Por qué no hemos expiado en Austerlitz o Wagram? Hubiera sido a tal punto más simple para el buen Dios, —y para nosotros.

<sup>4</sup> *Etudes critiques*, Kra, p. 96.

qué asombrarnos? ¿No tiene, acaso, la “misma historia”<sup>1</sup> que su vecina? No; no más que en el triunfo judío, helénico o francés, Gobineau no puede creer en el “triunfo prusiano”, “ni en este mundo ni en el otro”, y tampoco en el triunfo italiano. “Cuando conversemos —le escribe a Prokesch pocos días antes de Sadowa— le daré cuenta de todas mis razones; las creo numerosas y fuertes”<sup>2</sup>. Pero, después de Sadowa ¿no se modificaron en nada las ideas del filósofo? Júzguese: después de Sadowa, después de la Comuna, después del advenimiento de la Tercera República, Gobineau se obstinó en su juicio pesimista; Alemania, concluída, porque “contiene las mismas fuerzas de decadencia”<sup>3</sup> que los grandes países de Occidente.

Estamos lejos de Adolf Hitler, de la *pax romana*, de la *pax germánica*; lejos del Santo Imperio Romano-Germánico; por su escepticismo imparcial, por su derrotismo omnímodo, por los valores políticos de los cuales se proclama defensor, Gobineau desprecia y se burla de toda forma de fascismo.

¿Y la antropología, la sociología gobinista? ¿Y la desigualdad de las razas?

El *intelectual* hitlerista hace de la ignorancia una erudición, de las citas truncas una teología, de la abyección una nobleza, y se cuida muy bien de leer el *Essai*, de que tan a menudo se prevalece. No se puede pretender, entonces, que lleve la *objetividad* hasta leer, además del *Essai*, los tratados históricos y políticos; ni que lleve la indiscreción hasta el extremo de inmiscuirse, por la correspondencia, en el secreto de Gobineau.

Pero nada nos impide a nosotros —que llevamos la impertinencia hasta saber que la objetividad existe, con la misma existencia, más o

<sup>1</sup> *Notes inédites*, en N. R. F., febrero de 1934, p. 265.

<sup>2</sup> *Lettre à Prokesch*, junio 11 de 1866

<sup>3</sup> *Notes inédites*, p. 265; estas notas datan de 1876.

menos, del punto de una asíntota— comparar el *Essai*, la correspondencia y los diversos tratados del pretendido racista pre-hitlerista.

¿No vale la pena ese cotejo, si nos permite observar que Gobineau, después de felicitar al gobierno zarista por haber osado rodearse de “numerosos generales” y “administradores geórgicos y tártaros”<sup>1</sup>, reprocha a Francia, a la Francia de la Tercera República, que acepte por “dictador” a un Gambetta, un “genovés”, un meteco, y por árbitro del presupuesto de relaciones exteriores a un “badense apenas naturalizado, si es que lo está un poco”?<sup>2</sup>. ¿Es decir que para Gobineau son los tártaros gente de raza tan noble que valen más que los eslavos, y son los “badenses” personas de cuna tan abyecta que valen menos que los franceses mismos? El *Essai* responde a estos graves problemas: las razas amarillas, o mestizas de amarillo, valen siempre y fatalmente menos que las peores mezclas blancas, que los eslavos o los semitas; en cuanto a los blancos, el *Essai* no es menos preciso: los blancos encuentran su perfección en la rama ario-germánica. Pero ¿y entonces? Oh, es muy sencillo: feudal ante todo, antes, incluso, que las exigencias de su propio pensamiento, Gobineau quiere mostrar que los zares hacen bien todo aquello que hacen, aunque sea confiar a los amarillos, a los tártaros, la defensa de todas las Rusias autocráticas; en tanto que la Tercera República, execrable bajo todo punto de vista, se ve reducida a confiar ciertos cargos importantes a genoveses o a badenses (alemanes, en una palabra), en vez de dirigirse al conde Arthur de Gobineau<sup>3</sup>.

Este género de contradicciones abunda en su obra. Cuando es Ministro de Francia en el Brasil, deplora que todas las familias del país estén contaminadas de “sangre negra e india”, lo que produce —escribe el 19 de abril de 1869— “naturalezas raquíticas y, sino siempre repugnantes, siempre desagradables a la vista”. Pero catorce años antes describe en términos ditirámicos a los indígenas que encontraba en la

<sup>1</sup> *Deux études sur la Grèce moderne*, p. 311.

<sup>2</sup> *La troisième république française et ce qu'elle vaut*, p. 120.

<sup>3</sup> Sin embargo la República lo nombró, en mayo de 1872, ministro de Francia en Estocolmo.

ruta de Ispahan: “negros mucho más hermosos aún que los abisinios”; somalíes, “admirables estatuas de bronce, con rasgos encantadores; Apolos y no Hércules”. En ninguna parte del mundo ha visto nada “más bello, nada más refinado”<sup>1</sup>. ¿A quién creer? ¿Al viajero, dócil a sus impresiones, o al *sabio* del *Essai*, para el cual los negros han vegetado, vegetan, vegetarán, deben vegetar en los bajos fondos de la especie? ¿Qué sabe el mismo Gobineau? La idea de ir a Persia le placía, porque halagaba su monomanía aria. ¡Vivan su vida, pues, abisinios, somalíes, viva cualquiera que tenga la piel negra! Cosquilleado agradablemente por su promoción en el Brasil, se imagina más tarde que ha caído en desgracia. Su orgullo sufre, y los brasileños, por añadidura. Tomemos a Gobineau tal cual es, imparcial en lo absurdo, dócil a sus emociones.

¿Tratará a los blancos con menos desenvoltura? En modo alguno. Nombrado ministro en Grecia en tanto que redactaba, para gloria de los arios puros, la monumental y fantástica *Histoire de perses*, donde fulmina contra los griegos semitizados de Salamina y Maratón, ¿cómo vería en Corfú, en 1866, otra cosa que “imbéciles” y “bribones”; en Candia (1867), que “impotencia... decrepitud... disolución pulverulenta”; en resumen: que “anarquía moral”<sup>2</sup>? Diez años más tarde publica en el *Correspondant* un estudio sobre *Le Royaume des Héllènes*. Allí aprendemos que la raza griega no es en modo alguno “ese montón inconsistente de voluntades puerilmente rapaces, inhábiles, ignorantes, perezosas, infecundas, declamatorias, o neciamente teatrales”<sup>3</sup> que el autor de las cartas a Prokesch pretendía haber descubierto. “Raza particularmente cultivada e inteligente” (todavía es Gobineau quien lo asegura), “el pueblo griego ha sabido preservarse muy bien de las mezclas de sangres extranjeras, irlandesa o alemana”<sup>4</sup>. Si el doctor

<sup>1</sup> *Lettre à Prokesch*, mayo 8 de 1855.

<sup>2</sup> *Lettres à Prokesch*, passim.

<sup>3</sup> *Deux études sur la Grèce moderne*, p. 302.

<sup>4</sup> *Ibid*, p. 306.

Rosemberg no pierde con esto su racismo, la culpa no es, seguramente, del ex-despreciador de los griegos.

¿Y los judíos? A ellos, en todo caso, Gobineau los vomita ¿no es verdad? Es la opinión del señor Clément Serpeille de Gobineau; pero Arthur de Gobineau le rogaba a Prokesch, el 20 de diciembre de 1874, que saludara muy especialmente en su nombre a las señoras de Alphonse y Gustave de Rothschild, porque “quiere mucho a esas dos familias”; ¡qué de judíos, por otra parte, entre sus amigos, judíos numismáticos de Persia, persas ellos mismos, de quienes se nos enseña, —para gran sorpresa nuestra— que todos están semitizados y que, por esta razón, son “mucho más hermosos” que los europeos!

Se quisiera, pues, hacernos suponer que quien suscribía esas opiniones hubiera ordenado a las señoras de Rothschild que vaciaran con sus propias manos los bacines de los S. S. Se quisieran que aquel que admiraba la belleza obtenida en Persia por las “mezclas de sangre semita” ¡admirara también los suplicios de Dachau! ¡Se quisiera que aquél que consagró al judío Heine un artículo muy elogioso, apenas tocado de ironía a expensas de “ese buen germano”<sup>1</sup> (demasiado alemán, a juicio del crítico francés), insultara hoy día al autor *desconocido de Lorelei!* “...pueblo hábil en todo aquello que emprendió... pueblo fuerte... pueblo inteligente y que, antes de perder con valentía, armas en manos, el título de nación independiente, suministró al mundo tantos doctores como mercaderes”<sup>2</sup>: el pueblo judío, puesto que hay que llamarlo por su nombre; tal lo ve, en el *Essai*, el antisemita Gobineau.

Puedo, pues, imaginarme a este hombre en Alemania, y en el campo de Dachau, sin duda; pero en calidad de detenido; por carcelero tendría a su nieto y sedicente discípulo, el sub-jefe de la quinta columna, Clément Serpeille de Gobineau.

<sup>1</sup> *Études critiques*, Henri Heine, pp. 112-113.

<sup>2</sup> *Essai*, I, 59.

Accesos de mal genio, heridas de la vanidad, ¿cómo admitir que expliquen, por sí solos, tan graves y frecuentes inconsecuencias? Debemos ir más lejos, en efecto. Pues Gobineau dedica *La Renaissance* a la condesa de la Tour; quiere recompensarla de que “la grandeza y el poder del arte” hayan elegido domicilio en su alma privilegiada; ahora bien: al hacerlo así, conscientemente o no, Gobineau felicita a su tierna amiga de tener algunas gotas de sangre negra. El *Essai* no hace misterio de que sólo los negros y los mestizos están dotados de sentido estético. Aún más asombroso es el prefacio de la segunda edición del famoso *Essai*: allí el autor se felicita de no haber modificado en nada la primera edición. Ahora bien, en ese lapso de tiempo, el 19 de agosto de 1856 Gobineau confiesa a Prokesch que el conocimiento del chino y el examen de las fuentes escritas en esta lengua son absolutamente indispensables para comprender las migraciones de los pueblos primitivos<sup>1</sup>. Advierte el error más grave de su ensayo y, sin embargo, se obstina en el error.

Tal es, en efecto, nuestro diplomático-filósofo. Sensible a las verdades particulares, a la belleza de ciertos negros, a la inteligencia de ciertos judíos, a las imperfecciones de ciertos blancos, se encarniza, no obstante, en cultivar sus prejuicios, persuadido de que al proceder de esa manera no abandona en modo alguno las “regiones elevadas y puras de la discusión científica”<sup>2</sup>. ¿Qué le importan los detalles? Puesto que no descenderá “al terreno de la polémica contemporánea”<sup>3</sup>, ¿qué le importan, en verdad, algunas verdades que lo desmienten? ¿Qué importa que Firdousi, de quien suponemos ingenuamente que cantaba en el cercano oriente, encarne para Gobineau la verdadera poesía “germánica”?<sup>4</sup>. ¿Qué importa que los franceses posean (o no)

<sup>1</sup> “Si pudiera renacer, nacería en la India y estudiaría el Chino: si hay fuentes escritas, deben de estar en estos dos países”.

<sup>2</sup> *Epitre dédicatoire* al rey de Hanover.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Essai*, II, 390, 2.

“ciertas cualidades físicas superiores a las de la familia alemana”, cualidades que permitían a los soldados imperiales combatir tan bien en las “nieves de Rusia” como en las “ardientes arenas de Egipto”?<sup>1</sup>. ¿Qué importa, para Gobineau, si las grandes virtudes que presta a los arios: “frialdad de la razón” y “rectitud del juicio”<sup>2</sup> son precisamente aquellas (o de aquellas) que los nazis desprecian? Gobineau se preocupa muy poco de semejantes bagatelas. Cuando nosotros nos apasionamos a favor o en contra del *Essai* y nos arrojamos a la cabeza las citas recogidas en su obra, creyendo con eso resolver las antinomias (o pseudo-antinomias) que se nos plantean en términos tan brutales que comprometen nuestra carne, y a veces nuestra vida, olvidamos lo esencial: o sea lo que Gobineau pensaba al respecto. Olvidamos que desde hace dos mil y tantos años, Pan ha muerto, es decir el ario-germano. Olvidamos que desde hace dos mil y tantos años, nada tiene la menor importancia. Olvidamos que, por los siglos de los siglos, nada tendrá la menor importancia, nada, ni siquiera el hecho que los alemanes hayan debido pedir prestado al latín la palabra “escribir”, *schreiben*, prueba irrefutable, al decir de Gobineau, que esos bárbaros no son en modo alguno de “esencia germánica”<sup>3</sup>.

Hacia el momento en que aparecía en Oriente el salvador legendario, aquél que debía rescatar la especie y conducirla, por fin, fuera de los senderos de perdición, hacia el momento en que moría “un cierto Chrestos”, judío obscuro que pasaba por indócil al proconsul, entonces, más o menos, se produjo lo irreparable: antes de partir para el combate mortal, el último de los ario-germanos, entre los brazos de una esclava, de una “magiar”, o de una mujer semitizada, hizo el gesto fabuloso de la procreación. Después se fué a morir. Y todo se consumó. Privada de su último representante intacto, condenada a los mestizajes, así como a la imbecilización de los regímenes democráticos, la especie hu-

<sup>1</sup> *Essai*, I, 157.

<sup>2</sup> *Essai*, I, 397.

<sup>3</sup> *Essai*, II, 387, N° 1.

mana, de generación en generación, iba a hundirse en el abismo vertiginoso de su propia decadencia. ¿Qué podría contra un salvador, un Chrestos, una miríada de Chrestos? ¡Ah! Si Gobineau hubiera esperado algún día volver a encontrar en ella un auténtico ario, tened por seguro que hubiera escrutado a esa despreciable, a esa decepcionante realidad. Tened por seguro que hubiera corregido su *Essai* y transmutado en canto de esperanza su epopeya de la desesperación. Pero ¿qué hacer sino hundirse, con la cabeza gacha, en el más negro pesimismo? No queda ya ningún ario-germano.

Nosotros, sin embargo, que gustosos nos perdonamos no haber nacido el 14 de julio del año de gracia de 1216, o al menos en el siglo XIV; que aceptamos no gozar de las ventajas del *comesstabuli*, ni de las del gran condestable; nosotros, que no hemos trampeado con la genealogía para probar que descendemos de Ottar Jarl; nosotros, que a pesar de la desaparición del último ario-germano hemos visto surgir el románico, el gótico y la arquitectura de los árabes, la Italia del Renacimiento, los mayas, los toltecas, Europa y la dinastía Song; nosotros, que sabemos que —aún privada de ario-germanos— la humanidad pudo inventar el régimen feudal, la monarquía de Luis XIV y la del Reino Unido, la república norteamericana y los socialismos franceses, ¿cómo no habríamos de sentirnos curados por el *Essai* de ese nihilismo que pretendía inculcarnos!

¿Acaso no es el racismo el más fatal de los mitos bajo los cuales gemimos? ¿Acaso no descubrimos, en ese *Dios Irae* de la especie, la confesión que, al cabo de dos mil años, al menos, el racismo no tiene sentido? ¡Y perderíamos nuestro valor cuando Gobineau nos ofrece un motivo de alegría! No uno: muchos. Gobineau se lanzó a la tristeza y al desprecio por haber visto en los arios los únicos hombres capaces de crear un orden civilizado; muertos los arios, reina el vacío de la degeneración. Contra los escépticos que le habrían opuesto —o propuesto— el ejemplo de Asia y de las maravillas de China, Gobineau, fiel a su pesimismo, tenía lista la réplica: la cultura china, tejido de

“absurdos”, los unos más “monstruosos” que los otros, no representa sino la deformación de los valores espirituales que un ario puro, Pan Ku, había sido “comisionado por la Providencia” para importar en Ho Nan. Los asiáticos, librados a sus recursos, nada podían. Pero ese Pan Ku, de quien Gobineau nos asegura que los chinos hacen su Adán, sólo aparece en los textos después de Confucio,<sup>1</sup> alrededor de diez siglos después del comienzo de la cultura Chang.

En vano pretenderíamos adscribir esta cultura Chang, o Yin, a cualquier raza blanca, fuese o no aria. El estudio de los numerosos esqueletos extraídos a la luz en los sitios excavados, autoriza a los arqueólogos a considerar altamente verosímil la hipótesis de que el pueblo, así como los aristócratas chang, pertenecía a razas mongoloides, más o menos semejantes a las que vivían en el norte de China durante la edad neolítica<sup>2</sup>. Más aún: si bien es cierto que la civilización Chang se remonta demasiado en el pasado, y que, después, los 15 siglos anteriores a nuestra era han sido en China conquistados a la leyenda y reintegrados a la historia, el estado presente de la ciencia permite hacer retroceder, todavía, la antigüedad de las civilizaciones monogoloides: Mr. Herlee G. Creel no cree que pueda admitirse la existencia de una *dinastía* Hia, que la mitología remonta, antes de los Chang, hasta el siglo 22 y más allá, pero tiene por seguro que hubo un Estado llamado Hia, como que esta palabra fué después asociada a la idea de “chino” y —por muchas otras razones— considera que tal Estado fué, en su tiempo, aquel que mejor representó la tradición que llamamos China<sup>3</sup>; Chang y Cheu compartían esta certidumbre; ¿como suponer que los mongoles hubiesen elegido a los arios rubios por antepasados espiritua-

<sup>1</sup> Debo esta certeza a Mr. Herlee G. Creel. Es también en sus *Studies in early Chinese culture*, p. 203, donde he leído el texto convincente que muestra que el trípode *ting*, cuyo análogo se encuentra en las excavaciones de Issarlik, puede muy bien no haber sido importado de Occidente.

<sup>2</sup> “Who were the Shangs?”, en *Studies in early Chinese culture*, p. 152.

<sup>3</sup> “Was there a Asia dynasty?” en *Studies etc.*, pp. 98-131. (Shang, Hsia, es en inglés lo que en español escribimos Chang, Hia).

les, y a gente que, por lo demás, Gobineau declara desprovista de todo sentido estético?

Puesto que debemos reconocer que los blancos no fueron los únicos capaces de crear civilizaciones, puesto que a Gobineau, si hubiera aprendido chino, le habría sido imposible, también, concebir sus teorías y consagrarse al nihilismo, debemos consolarnos de la muerte del último ario. Su obra, además de confirmarnos en nuestra voluntad de luchar sin tregua contra la abyección del fascismo, nos invita a concebir y preparar, para ese porvenir que se abrirá bien pronto ante los espíritus aguerridos, un humanismo que por fin sea humano y que sepa integrar en el patrimonio del hombre esos valores irremplazables que antaño pensaron y llevaron a la práctica, en las riberas del río Amarillo, los herederos de los Hia, de los Chang y de los Cheu.

*ETIEMBLE*

# J U A N I T O   E L   O S O

La población de Loma está construída, como su nombre lo indica, sobre una colina baja y redonda que se alza como una isla en la boca chata del valle de Salinas, en la California Central. Al norte y este de la ciudad se extiende por millas un negro juncal pantanoso, pero al sur el marjal ha sido drenado. Resultado del drenaje ha sido una rica tierra vegetal, tierra tan rica que la lechuga y las coliflores crecen gigantes.

Los propietarios del pantano al norte del pueblo empezaron a cubrir la tierra negra. Se unieron y formaron un distrito de recuperación. Yo trabajo para la empresa que se encargó de abrir una zanja a través del pantano. La draga flotante llegó, la armaron, y empezó a abrir un canal de agua libre a través del pantano.

Traté, por algún tiempo, de vivir en la casilla flotante junto con la tripulación, pero los mosquitos, que formaban nubes sobre la draga, y la pesada y pestilente neblina que salía arrastrándose cada noche del pantano y se deslizaba pegada a la superficie, me llevaron al pueblo de Loma, donde tomé una pieza amueblada, la más triste que nunca haya visto, en casa de la señora Ratz. Podría haber seguido buscando, pero la idea de tener la recepción de mi correspondencia a cargo de la señora Ratz, me decidió. Al fin y al cabo, yo solamente dormía en la pieza fría y desnuda. Comía en la galería de la casilla flotante.

No hay más de doscientos habitantes en Loma. La iglesia meto-  
dista ocupa el lugar más alto de la colina; su aguja es visible desde mi-  
llas. Los edificios públicos comprenden dos almacenes, un negocio de  
ramos generales, un antiguo Salón Masónico y el Bar del Búfalo. En  
las laderas de la colina están las casitas de madera de la población y  
sobre los ricos llanos del sur están las casas de los terratenientes, pe-  
queñas granjas comúnmente cerradas por altos setos de cipreses recor-  
tados, para defensa contra los vientos del atardecer.

No había nada que hacer por las tardes en Loma, excepto concu-  
rrir al bar, un edificio viejo de tablas, con puertas vaivén y un corredor  
de madera. Ni la prohibición ni su derogación cambiaron el negocio,  
la clientela o la calidad de su whisky. En el transcurso de una tarde  
todo habitante de Loma de más de quince años entraba por lo menos  
una vez en el Bar del Búfalo, tomaba una copa, conversaba un poco y  
se iba a su casa.

El gordo Carlos, dueño y mozo, saludaba a cada uno que entraba  
con una flemática inexpresividad que, con todo, inspiraba confianza y  
afecto. Tenía la cara agria, el tono directamente inamistoso, y, a pesar  
de eso, no sé cómo lo conseguía. Sé que yo me sentí satisfecho y ani-  
mado cuando el gordo Carlos me conoció lo bastante para mirarme con  
su cara agria de cerdo y decirme:

“Bueno, ¿qué cosa?”

Siempre preguntaba esto aunque servía únicamente whisky y una  
sola clase de whisky. Lo he visto negarse rotundamente a exprimir  
en el whisky un poco de jugo de limón para un forastero. El gordo  
Carlos no gustaba de extravagancias. Usaba una gran toalla anudada  
alrededor de su cintura y con ella sacaba lustre a los vasos, cuando an-  
daba por el salón. El piso era de madera, cubierto de aserrín; el bar,  
un antiguo mostrador; las sillas eran duras y derechas; las únicas de-  
coraciones eran avisos, tarjetas y fotografías, pegadas a las paredes, de

candidatos a elecciones del distrito, vendedores y rematadores. Algunas eran de hace años. El cartel del alguacil Rittal todavía solicitaba su reelección aunque Rittal estaba muerto desde hacía siete años. El Bar del Búfalo suena, aun a mí mismo, como un lugar temible, pero cuando se bajaba por la calle nocturna, caminando por las aceras de madera, cuando los bancos de niebla de los pantanos chocaban contra las caras como sucios y ondulantes trapos, cuando, finalmente, abría uno, empujándolas, las puertas del bar del gordo Carlos y veía los hombres sentados, charlando y bebiendo y al gordo Carlos acercársele a uno, entonces la cosa parecía muy bien. No podía uno alejarse.

Solían estar jugando una partida de póker, de la más modesta especie. Timoteo Ratz, el marido de mi huéspeda, jugaba a los solitarios, trampeando feamente, pues tomaba una copa sólo cuando lo sacaba. Le he visto sacar cinco solitarios seguidos. Cuando triunfaba apilaba cuidadosamente las cartas, se levantaba y se encaminaba al bar, con gran dignidad. El gordo Carlos, con un vaso a medio llenar antes que él llegara, preguntaba:

“¿Qué cosa?”

“Whisky”, contestaba Timoteo gravemente.

Hombres de las granjas y de la ciudad estaban sentados en el gran salón, en las duras y derechas sillas, o se recostaban contra el viejo mostrador. Se desarrollaba un suave, monótono zumbido de conversaciones, excepto en épocas de elecciones o grandes encuentros de box, donde podía haber discursos u opiniones ruidosas.

Odiaba el tener que hundirme en la noche húmeda y oír, lejos, en el pantano, el ruido del motor Diesel de la draga y el rechinar de los baldes, y luego tener que irme a la triste pieza, en casa de la señora Ratz.

A poco de llegar trabé relación con Mae Romero, una linda mestiza mejicana. A veces paseábamos por las tardes por la parte sur de la

colina hasta que la niebla sucia nos obligaba a volver a la ciudad. Después de acompañarla a su casa yo entraba por un rato al bar.

Estaba una noche sentado en el bar conversando con Alex Hartnell, propietario de una linda granjita. Estábamos hablando de la pesca de lobinas negras, cuando las puertas se abrieron y volvieron a cerrar. Un silencio cayó sobre los hombres en el salón. Alex me tocó y me dijo:

“Es Juanito el Oso”.

Me di vuelta.

Su nombre lo describía mejor de lo que yo puedo. Tenía el aspecto de un oso grande, estúpido y sonriente. La negra cabeza peluda se le balanceaba hacia adelante y los largos brazos le colgaban hacia afuera como si hubiese debido estar en cuatro patas y estuviese de pie sólo como una prueba. Tenía las piernas cortas y corvas, terminadas en extraños pies cuadrados; no parecían de ningún modo estropeados o deformes, pero eran cuadrados, tan anchos como largos. Estaba de pie a la entrada, balanceando los brazos bruscamente como hacen los idiotas. Tenía en la cara una tonta sonrisa de felicidad. Se adelantó, y por su tamaño y rusticidad parecía arrastrarse. No se movía como un hombre sino como un animal nocturno y merodeador. Se detuvo ante el mostrador; sus pequeños ojos brillosos fueron, expectantes, de cara en cara:

“¿Whisky?”

Loma no era una ciudad sociable. Un hombre podría pagarle una copa a otro sólo estando muy seguro de que el otro le pagaría otra inmediatamente. Me sorprendió cuando uno de los silenciosos parroquianos puso una moneda sobre el mostrador. El gordo Carlos llenó una copa. El monstruo la tomó y tragó de un sorbo el whisky.

“¿Qué demonios...?” comencé, pero Alex me tocó y dijo:

“Chit”.

Empezó una curiosa pantomima. Juanito el Oso fué hasta la

puerta y luego volvió arrastrándose. La tonta sonrisa no abandonaba nunca su cara. En el medio de la pieza se echó sobre el vientre. Una voz empezó a salir de su garganta, una voz que me parecía familiar.

“Pero tú eres demasiado hermosa para vivir en una ciudad tan sucia como ésta”.

La voz pasó a un tono suavemente ronco, con un poco de acento en las palabras.

“Dígame a mí”.

Estoy seguro de que casi me desmayé. La sangre me golpeaba en los oídos. Enrojecí. Era mi voz la que salía de la garganta de Juanito el Oso, mis palabras, mi entonación. Y luego era la voz de Mae Romero, exacta. Si no hubiese visto al hombre tendido en el suelo, la hubiese llamado. El diálogo prosiguió. Esas cosas parecen tontas cuando las dice otra persona. Juanito el Oso siguió, o, mejor dicho, yo seguí. Dijo cosas y emitió sonidos. Gradualmente las caras de los hombres se volvieron de Juanito el Oso hacia mí y sonrieron. Yo sabía que si trataba de detenerlo, eso iba a acabar en una pelea, y así la escena continuó hasta el fin. Cuando todo hubo pasado, estaba yo enormemente satisfecho de que Mae Romero no tuviera hermanos. Qué palabras evidentemente forzadas, ridículas, habían salido de Juanito el Oso. Al fin se levantó, todavía con esa tonta sonrisa, y preguntó nuevamente:

“¿Whisky?”

Creo que los parroquianos se condolían de mí. No me miraban y conversaban forzosamente unos con otros. Juanito el Oso se fué al fondo del salón, se arrastró hasta una mesa redonda de juego, se enroscó debajo de ella como un perro y se durmió.

Alex Hartnell me miraba con lástima:

“¿La primera vez que lo oye?”

“Sí, ¿qué demonios es?”

Alex no contestó mi pregunta por un rato.

“Si se preocupa por la reputación de Mae, no lo haga. Juanito el Oso ha seguido a Mae ya antes”.

“Pero, ¿cómo nos oyó? Yo no lo vi”.

“Nadie ve ni oye a Juanito el Oso cuando está de negocios. Puede moverse como si no se moviese en absoluto. ¿Sabe lo que hacen nuestros muchachos cuando salen con las chicas? Llevan un perro. Los perros le tienen miedo a Juanito y saben por el olor cuándo se acerca”.

“Pero, ¡por Dios! Esas voces...”

Alex asintió.

“Ya lo sé. Alguien escribió a la universidad sobre Juanito y vino un joven. Lo revisó y nos contó el caso del ciego Tom. ¿Oyó algo sobre el ciego Tom?”

“¿Se refiere al pianista negro? Sí, he oído hablar de él”.

“Bien, el ciego Tom era también débil mental. Apenas podía hablar pero podía imitar cualquier cosa que oyese al piano, hasta piezas largas. Lo probaron con buenos músicos y reproducía no solamente la música sino todas las peculiaridades. Para sorprenderlo cometían pequeños errores y él reproducía los errores. Fotografiaba la pieza en sus menores detalles. El hombre dijo que Juanito el Oso es igual, sólo que puede grabar palabras y voces. Probó a Juanito con un largo pasaje en griego y Juanito lo reprodujo exactamente. No conoce las palabras que dice; él sólo las dice. No tiene inteligencia para imaginar nada, así se sabe que está diciendo lo que ha oído”.

“Pero, ¿por qué lo hace? ¿Por qué está tan interesado en escuchar si no entiende?”

Alex enrolló un cigarrillo y lo encendió.

“No lo está, pero le gusta el whisky. Sabe que si escucha en las ventanas y viene y repite lo que escucha, alguno le dará whisky.

Tiata de sorprender la conversación de la señora Ratz en la tienda o a Jerry Noland discutiendo con su madre, pero no puede conseguir whisky por esas cosas”.

Dije:

“Es curioso que nadie le haya pegado un tiro mientras espía por las ventanas”.

Alex aspiró su cigarrillo.

“Muchos han tratado de hacerlo, pero no se lo puede ver, no se le puede atrapar. Uno cierra sus ventanas y aun así conversa en un susurro si no quieren que se repitan sus cosas. Tuvo suerte que esa noche fuera oscura. Si lo hubiese visto podría haber imitado las acciones también. Debería ver a Juanito el Oso retorcer la cara para parecer una chica joven. Es horrible”.

Miré hacia la figura echada bajo la mesa. Juanito el Oso volvía la espalda al salón. La luz le caía sobre la enmarañada cabellera negra. Vi una mosca grande asentarse en su cabeza, y entonces juro que vi todo el cuero cabelludo estremecerse como el cuero de un caballo picado por las moscas. La mosca volvió a posarse y nuevamente la espantó el movedizo cuero cabelludo. Yo también me estremecí todo.

La conversación en el bar había vuelto a su aburrida monotonía. El gordo Carlos había estado sacando brillo a un vaso en su delantal por diez minutos. Un pequeño grupo, cerca de mí, discutía sobre perros y gallos de riña y poco a poco pasaron a las corridas de toros.

Alex, a mi lado, me dijo:

“Vamos, tome una copa”.

Fuimos al mostrador. El gordo Carlos puso dos vasos.

“¿Qué cosa?”

Ninguno de nosotros contestó. Carlos sirvió el oscuro whisky. Me miró inexpresivamente y me guiñó solemnemente uno de sus gruesos

y carnosos párpados. No sé por qué, pero me sentí halagado. La cabeza de Carlos señaló hacia la mesa de juego.

“Lo pescó, ¿no?”

Le devolví el guiño.

“Llevaré un perro la próxima vez”.

Yo imitaba sus frases cortadas. Tomamos nuestros whiskies y volvimos a nuestras sillas. Timoteo Ratz sacó su solitario, apiló las cartas y se encaminó al bar.

Miré hacia la mesa bajo la cual estaba Juanito el Oso. Se había dado vuelta sobre el vientre. Su tonta y sonriente cara miraba al salón. Movía la cabeza y observaba alrededor, como un animal que se dispone a salir de su guarida. Y luego se deslizó afuera y se levantó. Había una paradoja en sus movimientos. Parecía retorcido y deforme y con todo se movía con completa desenvoltura.

Juanito el Oso se arrastró hacia el bar, sonriendo a los hombres que pasaban. Frente al bar surgió su insistente demanda.

“¿Whisky? ¿Whisky?”

La conversación en el salón cesó, pero nadie se adelantó para poner dinero en el mostrador. Juanito sonreía quejosamente:

“¿Whisky?”

Entonces trató de engañarlos. De su garganta salió la voz de una mujer enojada.

“Le digo que era todo hueso. Veinte centavos la libra y la mitad hueso”.

Y luego un hombre:

“Sí, señora, no lo sabía. Le daré algunas salchichas para compensar”.

Juanito el Oso miró expectante alrededor suyo.

“¿Whisky?”

Todavía ninguno de los hombres parecía ir a adelantarse con el

dinero. Juanito se deslizó hacia la parte delantera del salón y se agachó. Susurré:

“¿Qué está haciendo?”

Alex me dijo:

“¡Chit! Mirando por una ventana. ¡Escuche!”

Se oyó una voz de mujer, fría, segura, las palabras cortantes:

“No puedo entenderlo. ¿Eres acaso una especie de monstruo? No lo creería si no te hubiese visto”.

Otra voz de mujer le contestó, una voz baja y ronca de sufrimiento.

“Tal vez sea un monstruo. No puedo hacer nada. No puedo hacer nada”.

“Tienes que poder”, interrumpió la fría voz. “Por cierto, más te valiera estar muerta”.

Oí un suave sollozo salir de los gruesos y sonrientes labios de Juanito el Oso. El sollozo de una mujer desesperada. Me encaré con Alex. Estaba sentado, tieso, los ojos muy abiertos y sin pestañear. Abrí la boca para susurrar una pregunta, pero me hizo seña de callar. Di una ojeada por el salón. Todos los hombres estaban tiesos y atentos. El sollozar se detuvo.

“¿Nunca te has sentido así, Emalin?”

Alex suspiró fuerte al oír el nombre. La voz fría dijo:

“Cierto que no”.

“¿Nunca de noche? ¿Nunca jamás en tu vida?”

“Si lo tuviera”, dijo la voz fría, “si llegara a tenerlo, cortaré esa parte de mí. Bueno, termina tus lamentos, Amy. No lo puedo soportar. Si no dominas tus nervios voy a hacer que sigas algún tratamiento médico. Vete ahora a tus rezos”.

Juanito el Oso siguió sonriendo.

“¿Whisky?”

Dos hombres se adelantaron sin decir palabra y pusieron monedas. El gordo Carlos llenó dos vasos y cuando Juanito el Oso se los tragó uno tras otro, Carlos volvió a llenar uno. Todos advirtieron así lo conmovido que estaba. No había en el Bar del Búfalo copas por cuenta de la casa. Juanito sonrió al salón y después salió con su paso arrastrado. Las puertas se plegaron tras él, lenta y silenciosamente.

La conversación no resurgió. Cada uno en el salón parecía tener un problema que resolver en su propia mente. Uno tras otro fueron saliendo y las puertas, al cerrarse, hacían entrar pequeñas nubecillas de niebla. Alex se levantó y salió, y yo le seguí.

Era una noche repugnante con esa maloliente neblina. Parecía pegarse a los edificios y manotear en el aire. Aceleré el paso y alcancé a Alex.

“¿Qué pasó?” pregunté. “¿De qué se trataba?”

Por un momento creí que no contestaría. Pero entonces se detuvo y se volvió hacia mí.

“¡Oh, maldición! ¡Oiga! Toda ciudad tiene sus aristócratas, su familia por encima de todo reproche. Emalin y Amy Hawkins son nuestras aristócratas, solteras, gente amable. Su padre fué congresal. No me gusta esto. Juanito el Oso no debería hacerlo. ¡Cómo! Si ellas lo alimentan. Esos hombres no deberían darle whisky. Va a rondar esa casa ahora... Ahora sabe que puede conseguir así whisky”.

Pregunté:

“¿Son parientas de usted?”

“No, pero son... bueno, no son como otra gente. Tienen la granja vecina a la mía. Algunos chinos la trabajan en aparcería. Es difícil de explicar. Las Hawkins son símbolos. Son lo que decimos a nuestros hijos cuando queremos... bueno, describir gente buena”.

“Bien”, protesté, “nada de lo que dijo Juanito el Oso las heriría, ¿no?”

“No sé. No sé lo que significa. Es decir, creo saberlo. ¡Oh! Váyase a dormir. No he traído el Ford. Voy a ir a casa caminando”.

Se dió vuelta y se apresuró a entrar en esa niebla que lentamente se iba adensando.

Caminé hacia la pensión de la señora Ratz. Podía oír el zumbido del motor Diesel en el pantano y el sonido de la gran boca de acero que abría su camino a través del fondo. Era sábado a la noche. La draga iba a detenerse a las siete de la mañana del domingo y descansaría hasta la medianoche. Podía afirmarse por el sonido que todo iba bien. Subí las angostas escaleras hasta mi pieza. Una vez en cama dejé la luz encendida por un rato y contemplé las pálidas e insípidas flores del empapelado. Pensé en esas voces que hablaban desde la boca de Juanito el Oso. Eran voces auténticas, no reproducciones. Recordando los tonos, podía ver las mujeres que habían hablado, Emalin de helada voz, y la faz de Amy, floja y quebrada por la desgracia. Me preguntaba qué causaba esa miseria. ¿Era solamente el sufrimiento solitario de una mujer de mediana edad? No me parecía probable pues había demasiado miedo en la voz. Me dormí con la luz encendida y hube de levantarme más tarde y apagarla.

Alrededor de las ocho de la mañana siguiente crucé el pantano hasta la draga. La tripulación estaba ocupada en sujetar un nuevo alambre a los tambores y en recoger el cable usado para reemplazarlo. Vigilé el trabajo y alrededor de las once volví a Loma. Frente a la pensión de la señora Ratz, Alex Hartnell estaba sentado en un Ford modelo T. Me llamó:

“Estaba justamente por ir a la draga a buscarlo. Maté un par de gallinas esta mañana. Pensé que podría usted venir a ayudarme a comerlas”.

Acepté encantado. Nuestro cocinero era un buen cocinero, un hombre grande y pastoso; pero últimamente había yo encontrado que se me

iba volviendo antipático. Fumaba cigarrillos cubanos en una boquilla de bambú. No me gustaba la forma como temblaban sus dedos por las mañanas. Sus manos eran limpias, harinosas como las de un molinero. Nunca hasta entonces había sabido por qué llamaban a esas pequeñas chinches voladoras, polillas molineras. Lo cierto es que subí al Ford al lado de Alex y arrancamos barranca abajo hacia el rico campo del sud-oeste. El sol lucía fuerte sobre la negra tierra. Cuando era pequeño, un muchacho católico me dijo que el sol siempre brillaba los domingos, aunque fuese sólo por un momento, pues era el día de Dios. Siempre pensé comprobarlo para ver si era cierto. Bajamos a la llanura.

Alex gritó:

“¿Se acuerda de las Hawkins?”

“Desde luego que me acuerdo”.

Señaló hacia adelante:

“Ésa es la casa”.

Se podía ver poco de la casa, pues la rodeaba un alto y espeso seto de cipreses. Debía haber un pequeño jardín en el cuadro también. Solamente sobresalían del seto el techo y la parte superior de las ventanas. Podía ver que la casa estaba pintada de color roble, ornada de marrón oscuro, una combinación preferida en California para estaciones ferroviarias y escuelas. Había dos tranqueras en el frente y costado del seto. El galpón estaba fuera de la verde barrera, hacia la parte trasera de la casa. El seto estaba cortado en líneas rectas. Tenía un aspecto extraordinariamente espeso y fuerte.

“El seto defiende contra el viento”, gritó Alex por encima del rugido del Ford.

“No lo mantiene alejado a Juanito el Oso”, dije.

Una sombra le cruzó por la cara. Señaló un edificio cuadrado pintado con cal que se erguía en el campo.

“Allá es donde viven los chinos. Buenos trabajadores. Quisiera tener algunos como ellos”.

En ese momento aparecieron tras la esquina del seto un caballo y una calesa y tomaron por el camino. El caballo gris era viejo pero bien mantenido, la calesa brillante y el arnés pulido. Había una gran H plateada en el exterior de cada anteojera. Me parecía que las riendas estaban demasiado tirantes para un caballo tan viejo.

Alex gritó:

“Ahí están, camino de la iglesia”.

Nos descubrimos y saludamos a las damas cuando pasaron, y ellas contestaron formalmente con una inclinación de cabeza. Pude verlas bien. Fué un choque para mí. Eran casi exactamente como yo me las había figurado. Juanito el Oso era aún más monstruoso de lo que yo había pensado si, por el tono de la voz, podía describir los rasgos de la gente. No tuve que preguntar cuál era Emalin y cuál Amy. Los ojos claros, rectos, la mandíbula acerada y segura, la boca cortada con la precisión de un diamante, la figura erguida sin curvas, ésa era Emalin. Amy era muy parecida, pero tan diferente. Sus contornos eran suaves. Sus ojos amables, su boca llena. Había una pequeña saliente en su busto, y con todo, se parecía a Emalin. Pero mientras la boca de Emalin era recta por naturaleza, Amy *mantenía* recta la boca. Emalin debía tener cincuenta o cincuenta y cinco años y Amy unos diez años menos. Tuve sólo un momento para verlas y nunca las volví a ver. Parece raro que a nadie en el mundo conozca mejor que a esas dos mujeres.

Alex gritaba:

“¿Ve lo que yo quería decir al hablar de aristócratas?”

Asentí. Era fácil de ver. Una comunidad se sentiría en cierto modo segura teniendo mujeres como ésas. Un lugar como Loma, con sus neblinas, con su gran pantano semejante a un horrible pecado, necesitaba, realmente necesitaba a las Hawkins. Algunos pocos años allí

podrían ejercer influencia sobre la mente de un hombre si no estuvieran esas mujeres para equilibrar las cosas.

Fué una buena comida. La hermana de Alex cocinó los pollos en manteca e hizo todas las demás cosas bien. Me aumentaron los recelos y antipatía contra nuestro cocinero. Estábamos sentados en el comedor y tomábamos realmente buen whisky.

Yo dije:

“No veo para qué va usted al Búfalo. Ese whisky es...”

“Ya sé”, dijo Alex, “pero el Búfalo es el cerebro de Lomas. Es nuestro periódico, nuestro teatro, nuestro club”.

Esto era tan cierto que cuando Alex puso en marcha el Ford y se preparaba para llevarme de vuelta, yo sabía, y él lo sabía, que iríamos por unas horas al Búfalo.

Estábamos casi en la ciudad. Las débiles luces del coche chapoteaban en el camino. Otro coche venía al encuentro. Alex se cruzó en el camino y se detuvo.

“Es el doctor, el doctor Holmes”, explicó.

El coche que venía se acercó pues no podía pasar al lado nuestro. Alex dijo:

“Oiga, doctor, le iba a pedir que viera a mi hermana. Tiene la garganta inflamada”.

El doctor Holmes contestó:

“Bueno, Alex, voy a hacerlo. Déjeme paso, ¿quiere? Voy muy de prisa”.

Alex insistió, reposado:

“¿Quién está enfermo, doctor?”

“Miss Amy tuvo un pequeño ataque. Miss Emalin telefoneó y me pidió que me diera prisa. ¿Me hace el favor de salir del camino?”

Alex hizo retroceder su coche y dejó pasar al doctor. Nosotros seguimos viaje. Estaba por decir que la noche estaba clara, cuando, mi-

rando hacia adelante, vi bandas de neblina que se arrastraban alrededor de la colina del lado del pantano y trepaban como lentas serpientes sobre la cima de Loma. El Ford se estremeció al parar frente al Búfalo. Entramos.

El gordo Carlos se dirigió hacia nosotros limpiando un vaso en su delantal. Se agachó tras el mostrador en procura de la botella más cercana.

“¿Qué cosa?”

“Whisky”.

Por un momento una débil sonrisa pareció revolotear por su cara inexpresiva. La sala estaba llena. El personal de mi draga estaba allí; todos, excepto el cocinero. Probablemente estaba en la barcaza fumando sus cigarrillos cubanos en boquilla de bambú. No bebía. Eso era bastante para hacerme dudar de él. Dos marineros, un maquinista y tres palanqueros estaban presentes. Los palanqueros estaban discutiendo sobre una excavación. El viejo proverbio de los leñadores se les aplicaba perfectamente: “Mujeres en los bosques y cortar leña en la taberna”.

Era el bar más tranquilo que nunca haya visto. No había ninguna pelea, no había muchos cantos ni trucos. De algún modo los inexpresivos, tristes ojos del gordo Carlos, hacían del beber un asunto tranquilo, eficiente, más que un juego ruidoso. Timoteo Ratz jugaba al solitario en una de las mesas redondas. Alex y yo tomábamos nuestros whiskies. No había sillas disponibles y por eso nos quedamos apoyados contra el mostrador, conversando sobre deportes y mercados y aventuras que habíamos tenido o que pretendíamos haber tenido — una simple conversación de bar. De vez en cuando tomábamos otra copa. Creo que nos quedamos unas cuantas horas. Alex ya había dicho que se iba a su casa y yo pensaba hacer lo mismo. El personal de la draga salió, pues tenían que comenzar a trabajar a media noche.

Las puertas se abrieron silenciosamente y Juanito el Oso se introdujo en el salón, balanceando sus largos brazos, moviendo su gran cabeza peluda, sonriendo tontamente. Sus pies cuadrados eran como patas de gato.

“¿Whisky?” preguntó.

Nadie lo animó. Sacó sus mercancías. Se había puesto vientre abajo en la misma forma que la noche que me atrapó. Salieron palabras nasales, con cierta tonada, creo que chinas. Y luego me pareció que las mismas palabras eran repetidas por otra voz, más lentamente y sin tono nasal. Juanito el Oso levantó la cabeza lanuda y preguntó: “¿Whisky?”

Se puso de pie con desenvuelta facilidad. Yo estaba interesado. Deseaba verlo actuar. Deslicé una moneda por el mostrador. Juanito tomó de un trago la copa. Un momento más tarde habría yo deseado no haberlo hecho. Temía mirar a Alex; Juanito se deslizó al medio del salón y adoptó esa actitud suya de espiar por la ventana.

La fría voz de Emalin decía: “Está ahí dentro, doctor”. Cerré los ojos contra la visión de Juanito el Oso y en el momento en que lo hice él desapareció. Era Emalin Hawkins quien había hablado.

Yo había oído hablar al doctor en el camino y era su misma voz la que contestó: —“Ah... ¿Ha dicho Vd. que fué un desmayo?” — “Sí, doctor”.

Hubo una pequeña pausa y luego nuevamente la voz del doctor, muy suavemente: “¿Por qué lo hizo, Emalin?”

“¿Por qué hizo qué?” Había casi una amenaza en la pregunta.

“Soy tu médico, Emalin. He sido el médico de tu padre. Tienes que decirme las cosas. ¿Crees que no he visto antes esa clase de marca en el cuello? ¿Cuánto tiempo estuvo colgada antes que la bajas?”

Hubo una pausa más prolongada. La frialdad abandonó la voz fe-

menina. Era suave, casi un murmullo. “Dos o tres minutos. ¿Va a salvarse, doctor?”.

“Oh, sí, se va a mejorar. No se ha hecho mucho daño. ¿Por qué lo hizo?”

La voz que contestó era aún más fría que antes. Helada. “No sé, señor”.

“¿Quieres decir que no me lo vas a decir?”

“Quiero decir lo que digo”.

Luego continuó la voz del doctor dando instrucciones para el tratamiento, descanso, leche y un poco de whisky. “Ante todo sé buena con ella”.

La voz de Emalin temblaba un poco. “¿No se lo dirá usted a nadie, doctor?”

“Soy médico de ustedes”, dijo él suavemente. “Desde luego que no voy a decir nada. Voy a mandar algunos sedantes esta noche”.

“¿Whisky?”

Mis ojos se abrieron de golpe. Allí estaba el horrible Juanito sonriendo al salón.

Los hombres estaban avergonzados. El gordo Carlos miraba al piso. Me dirigí hacia Alex excusándome, pues en realidad yo era el culpable.

“Yo no sabía que iba a hacer esto”, dije, “lo siento”.

Salí y caminé hasta el triste cuarto en casa de la señora Ratz. Abrí la ventana y miré aquella espesa y sólida neblina. Lejos, en el pantano, oí el motor Diesel ponerse en marcha lentamente y calentarse. Y al cabo de un rato oí el sonido del gran balde al comenzar a trabajar en la zanja.

Al día siguiente nos ocurrió una serie de esos accidentes tan comunes en la construcción. Uno de los nuevos cables se partió en el movimiento de regreso y el balde se desplomó sobre uno de los pontones

hundiéndolo ocho pies en el canal. Cuando clavamos un poste y atamos un calabrote para salirnos del agua, el cable se partió y le amputó limpiamente las piernas a uno de los obreros. Vendamos los muñones y lo llevamos rápidamente a Salinas. Y luego ocurrieron pequeños accidentes. Uno de los palanqueros tuvo un envenenamiento de sangre a raíz de un rasguño con un alambre. El cocinero justificó, finalmente, mi aversión, tratando de venderle al maquinista un frasquito de mari-güana. En general no había mucha tranquilidad en la tripulación. Pasaron dos semanas antes que volviera todo a marchar, con un nuevo pontón, un nuevo obrero y un nuevo cocinero.

El nuevo cocinero era hombre pequeño, oscuro, de nariz grande, taimado, con un don especial para la adulación sutil.

Mi contacto con la vida social de Loma se había interrumpido, pero cuando el balde volvió a sonar contra el barro y el viejo gran motor Diesel volvió a trepidar en el pantano, fuí una noche a ver a Alex Hartnell. Pasando por la casa de las Hawkins espíe a través de una de las pequeñas portadas en el seto de cipreses. La casa estaba oscura, más que oscura, pues una luz baja brillaba en una de las ventanas. Un viento suave corría esa noche, soplando bolas de niebla como flores de cardo sobre el suelo. Caminaba un rato en la claridad, después era tragado por la espesa neblina y después volvía a estar en la claridad. A la luz de las estrellas podía ver esas bolas de niebla moviéndose como una cosa compacta a través del campo. Me pareció oír un quejido suave en el granero tras el seto de las Hawkins y una vez que salía de la niebla vi una figura oscura corriendo en el campo, y por los pasos arrastrados conocí que era uno de los peones chinos que andaba en sandalias. Los chinos comen muchas cosas que hay que atrapar de noche.

Alex acudió a la puerta cuando golpié. Pareció contento de verme. Su hermana estaba ausente. Me senté ante la estufa y él trajo su

botella de buen whisky. — “He sabido que tuvo algunas dificultades”, dijo.

Le expliqué las dificultades.

“Parecen venir en series. Los hombres creen que los accidentes vienen en grupos de tres, cinco, siete y nueve”.

Alex asintió con la cabeza.

“Más o menos creo lo mismo”.

“¿Cómo se encuentran las hermanas Hawkins?” pregunté. “Me pareció oír a alguien llorando cuando pasé”.

Alex parecía tener pocos deseos de hablar sobre ellas, pero al mismo tiempo estaba ansioso de hacerlo.

“Estuve allí hará una semana. Miss Amy no se siente muy bien. No la vi. Sólo vi a Miss Emalin”.

Después Alex exclamó:

“Hay algo flotando sobre esa gente, algo...”

“Usted casi parece pariente de ellas”, dije.

“Bueno, su padre y el mío eran amigos. Nosotros llamábamos a las chicas tía Amy y tía Emalin. No pueden hacer nada malo. No sería bueno para ninguno de nosotros si las hermanas Hawkins no fuesen las hermanas Hawkins”.

“¿La conciencia de la comunidad?”, pregunté.

“La seguridad”, exclamó. “El lugar donde un niño puede obtener una masita. El lugar donde una chica puede ser consolada. Son orgullosas, pero creen en cosas que nosotros confiamos sean ciertas. Viven como si... bueno, como si la honestidad fuese realmente la mejor política y la caridad su propia recompensa. Las necesitamos”.

“Comprendo”.

“Pero Miss Emalin está luchando contra algo terrible y no creo que vaya a triunfar”.

“¿Qué quiere decir?”

“No sé qué es lo que quiero decir. Pero he pensado que debería pegarle un tiro a Juanito el Oso y arrojarlo al pantano. De veras lo he pensado”.

“No es falta suya”, argüí. “Él no es más que una especie de máquina grabadora y reproductora, sólo que hay que usar una copa de whisky en lugar de una moneda”.

Conversamos sobre otras cosas y después de un rato me fuí caminando a Loma. Me parecía que la niebla se apretujaba contra el seto de cipreses de la casa de las Hawkins y que un montón de bolas de niebla estaban apeñuscadas alrededor y otras entrando lentamente. Al pasar sonreí por la forma en que los pensamientos de un hombre pueden reordenar la naturaleza para que cuadre en ellos. No había ninguna luz en la casa cuando pasé.

Una agradable y tranquila rutina se impuso en mi trabajo. El gran balde iba abriendo el canal. La tripulación sentía que las dificultades habían pasado y eso ayudaba, y el nuevo cocinero adulaba a los hombres con tanto éxito que hubieran comido cemento frito.

La personalidad de un cocinero tiene mucho más que ver con la felicidad de una tripulación de draga que su cocina.

En la tarde del segundo día después de mi visita a Alex, bajé por las aceras de madera, arrastrando un gallardete de niebla tras mí, y entré en el Búfalo. El gordo Carlos se dirigió hacia mí limpiando un vaso. Grité: “Whisky”, antes que tuviera oportunidad para preguntarme qué cosa. Tomé mi copa y me dirigí a una de las rectas sillas. Alex no estaba allí. Timoteo Ratz estaba jugando al solitario, con una fenomenal racha de suerte. Lo sacó cuatro veces seguidas y tomó cada vez una copa. Más y más hombres llegaban. No sé qué hubiéramos hecho sin el Bar del Búfalo.

Alrededor de las diez llegó la noticia. Pensando después en tales cosas uno no puede nunca recordar exactamente qué fué lo que trascen-

dió. Alguno entra, un rumor nace; de pronto todo el mundo sabe lo que ha ocurrido, conoce detalles. Miss Amy se había suicidado. ¿Quién trajo la historia? No lo sé. Se había ahorcado. No hubo mucha conversación sobre ello en el bar. Yo podía ver que los hombres trataban de ver claro en el asunto. Era algo que no concordaba con sus conceptos. Formaban grupos, conversando en voz baja.

Las puertas se abrieron lentamente y Juanito el Oso se deslizó, con la cabeza peluda moviéndose y esa estúpida sonrisa suya en la cara. Sus pies cuadrados se arrastraron silenciosamente sobre el piso. Miró alrededor y masculló:

“¿Whisky? ¿Whisky para Juanito?”

Los hombres realmente deseaban saber. Estaban avergonzados de desearlo, pero todo su sistema mental exigía ese saber. El gordo Carlos sirvió una copa. Timoteo Ratz dejó sus cartas y se levantó. Juanito el Oso tragó su copa. Cerré los ojos.

El tono de voz del doctor era áspero. “¿Dónde está, Emalin?”

Nunca he oído una voz como la que contestó, frío control, capas y capas de control, pero helada por la desesperación. Era un tono monocorde, inexpresivo y, con todo, la desesperación se notaba en sus vibraciones.

“Está aquí, doctor”.

“H-m-m”. Siguió una prolongada pausa. “Ha estado colgada mucho tiempo”.

“No sé cuánto, doctor”.

“¿Por qué lo hizo, Emalin?”

Otra vez el tono monocorde. “No sé, doctor”

Una pausa más prolongada y luego: “H-m-m. Emalin, ¿sabías que iba a tener un hijo?”.

La voz fría se quebró, y se escapó un suspiro. “Sí, doctor”, muy despacito.

“Sí fué por eso por lo que no la encontraste en tanto tiempo... No, Emalin, no he querido decir eso, pobrecita”.

El control había vuelto a la voz de Emalin. “¿Puede hacer el certificado sin mencionar...?”

“Desde luego que puedo, claro que puedo. Hablaré con el empresario también. No necesitas preocuparte”.

“Gracias, doctor”.

“Voy a hablar por teléfono. No te voy a dejar sola aquí ahora. Ven al otro cuarto, Emalin. Te prepararé un sedante...”

“¿Whisky? ¿Whisky para Juanito?”

Vi la sonrisa y la temblequeante cabeza peluda. El gordo Carlos sirvió otra copa. Juanito el Oso la tomó y luego se arrastró a la parte trasera del salón, se acurrucó bajo una mesa y se puso a dormir.

Nadie habló. Los hombres se acercaron al mostrador y pusieron sus monedas silenciosamente. Estaban desconcertados, pues había fallado un sistema. Algunos minutos después entró Alex. Se acercó a mí rápidamente.

“¿Ha oído?” me preguntó en voz baja.

“Sí”.

“Lo he estado temiendo”, exclamó. “Se lo dije hace algunas noches. Lo he estado temiendo”.

Yo dije:

“¿Sabía que ella estaba encinta?”

Alex se puso tieso. Miró alrededor y luego a mí.

“¿Juanito el Oso?” preguntó.

Asentí.

Alex se pasó la mano sobre los ojos.

“No lo creo”.

Estaba por contestarle cuando oí un ruido y miré al fondo del

salón. Juanito el Oso salía como un tejón de su cueva y, levantándose, se deslizó hacia el mostrador.

“¿Whisky?” Sonreía, lleno de esperanza, al gordo Carlos.

Entonces Alex se adelantó y se dirigió a los asistentes:

“¡Eh, muchachos, escuchen! Esto ha ido demasiado lejos. No quiero más”.

Si había esperado oposición tuvo que desengañarse. Vi a los hombres asentirse unos a los otros.

“¿Whisky para Juanito?”

Alex se dirigió al idiota.

“Deberías avergonzarte. Miss Amy te alimentó y te dió todas las ropas que nunca habías tenido”.

Juanito le sonrió.

“¿Whisky?”

Sacó a relucir sus habilidades. Oí la tonada nasal que parecía chino. Alex parecía aliviado.

Y luego la voz, lenta y vacilante, repitiendo las palabras sin esa tonada nasal.

Alex saltó tan rápidamente que no le vi moverse. Sus puños se asentaron en la sonriente boca de Juanito el Oso.

“Te dije que ya era bastante”, gritó.

Juanito el Oso recuperó el equilibrio. Tenía los labios partidos y sangrando, pero la sonrisa estaba aún allí. Se movía lentamente y sin esfuerzo. Sus brazos rodearon a Alex como los tentáculos de una anémona apresan un cangrejo. Alex se dobló hacia atrás. Yo salté entonces y aferré uno de los brazos, forcejeé, pero no lo pude aflojar. El gordo Carlos rodó por encima del mostrador con un atizador en sus manos. Golpeó la acolchada cabeza hasta que los brazos se aflojaron y Juanito el Oso se dobló. Tomé a Alex y lo llevé hasta una silla.

“¿Está herido?”

Trató de respirar.

“Tengo la espalda dislocada, creo”, dijo. “Ya se me va a pasar”.

“¿Tiene su Ford afuera? Lo llevaré a su casa”.

Ninguno de nosotros miró la casa de las Hawkins al pasar. No aparté los ojos del camino. Llevé a Alex a su propia casa, que estaba a oscuras, lo ayudé a acostarse y le di whisky caliente. No había hablado en todo el camino, pero después de acomodarse en la cama preguntó:

“¿No cree usted que alguien se haya dado cuenta, no? ¿Lo agarré a tiempo, no?”

“¿De qué está hablando? Todavía no sé por qué le pegó”.

“Bueno, escuche”, me dijo. “Voy a tener que estar encerrado por un rato con la espalda así. Si oye a alguien decir algo, interrúmpalo, ¿quiere? No deje que lo digan”.

“No sé de qué está hablando”.

Me miró a los ojos por un momento.

“Creo que puedo confiar en usted”, dijo. “Esa segunda voz era la de Miss Amy”.

*JOHN STEINBECK*

## LIBERACIÓN LINGÜÍSTICA DE LA LITERATURA BRASILEÑA

Hasta 1920, como regla general, los escritores brasileños hablaban en la lengua del pueblo del Brasil y escribían en la lengua del pueblo de Portugal. Esa incoherencia, que me parece que todavía existe en toda la América española —con excepción de los modernos novelistas del Ecuador y de los poetas cubanos—, es algo que ha desaparecido por completo de la literatura moderna del Brasil, escrita hoy en la lengua del pueblo del Brasil, mezcla de dialectos unificados por el denominador común de la lengua portuguesa. Esa lengua sufrió en el Brasil no solamente la influencia del indio, sino también la poderosísima influencia del negro, que suavizó las palabras, las expresiones, la pronunciación, quitando mucho de la dureza de la lengua portuguesa, haciéndola, en el Brasil, más dulce, más suave, más cariñosa: literariamente más maleable. Pero, además de esas dos influencias, hay que señalar toda la contribución de los inmigrantes de diversas nacionalidades que, de la misma manera como mezclaron la raza brasileña, mezclaron la lengua del país. Hoy se discute mucho sobre “lengua brasileña”. No sé si será una expresión exacta, pero la verdad es que un diálogo entre dos habitantes de Río nunca lo entenderían dos habitantes de Lisboa, y vice-versa. Creo que, más o menos, pasa lo mismo entre los habitantes de Buenos Aires y de Madrid.

Los escritores modernos del Brasil —no sólo los narradores, sino también los ensayistas y hasta los historiadores y sociólogos— abandonaron por completo las preocupaciones gramaticales portuguesas. Hasta no hace muchos años los diarios del Brasil mantenían todavía secciones gramaticales, dirigidas por decrépitos profesores, muchos de ellos portugueses de nacimiento, que imponían lo *cierto* y lo *errado* en materia de escribir. Todavía había entonces esa falsa concepción (que a veces me parece tan corriente en la Argentina) de que era buen estilo el escribir gramaticalmente. Hoy no sólo han desaparecido las secciones gramaticales de los diarios (hasta de los más conservadores) sino que ha desaparecido también por completo esa errada concepción del estilo. Desapareció igualmente la manía escolar de enseñar la lengua a los brasileños a través del gran poema de Camoens *Os Lusíadas*, escrito en portugués y dentro de las reglas gramaticales del mil quinientos. El resultado de ese error es que el genial poema de la raza lusitana es hasta hoy odiado por varias generaciones brasileñas como un instrumento de castigo igual a la palmeta y al cuarto oscuro.

El problema de que los escritores escribieran en una lengua que no hablaban puede encontrar explicación en un hecho económico. La verdad es que esos escritores no tenían ningún contacto con el pueblo del Brasil, casi no eran leídos en el país, eran editados (no existía en el Brasil una verdadera y fuerte industria editorial) en Portugal, vendidos allí, y de allí venía su fama, su nombre, su gloria. Eran los portugueses quienes nos dictaban el nombre de los escritores que, de oídas, debíamos admirar, los consagrados por la crítica portuguesa. Debemos hacer una reserva para la generación de fines del Segundo Imperio y comienzos de la República; la generación que dió a Aloisio Azevedo, Raúl Pompeia, José de Alencar, Manuel Antonio de Almeida, Machado de Assis, Euclides da Cunha, Silvio Romero y Castro Alves. Es verdad que la mayoría de esos escritores se preocupaban todavía, a veces profundamente, por la gramática portuguesa y, en particular, por la dolorosa colocación de los pronombres. Pero si eso acontecía con

un Machado de Assis (tan poco brasileño, por lo demás), un José de Alencar clamaba, —en ese sentido trabajaría toda su obra—, por una liberación lingüística de los escritores brasileños. Castro Alves hacía lo mismo en la poesía. Podemos señalar los mediados del siglo pasado, con José de Alencar, como iniciación de la lucha por la liberación lingüística de los escritores brasileños. En esa época la misma lengua portuguesa, hablada y escrita en Portugal, sufría una verdadera remodelación en las manos geniales de Eça de Queiroz, siendo ése, sin duda, uno de los motivos de que el autor de *Os Maias* fuese mucho más querido y comprendido en el Brasil que en su tierra natal.

La lucha ya no cesó. Si bien esa generación de novelistas y ensayistas que escribían para el pueblo brasileño y con la preocupación del Brasil (resultante de las luchas de la Independencia y de todos los movimientos nativistas que venían desde el primer Imperio y se prolongaron hasta el gobierno de Floriano Peixoto) no había encontrado continuadores, y había llevado la literatura brasileña a una fase académica de preocupación gramatical, siempre se alzaron voces por la liberación lingüística: ya fuese el mulato Lima Barreto, novelista de Río, que escribía sin la menor preocupación gramatical sus notables novelas, ya fuese, posteriormente, Monteiro Lobato, despreocupado de las reglas gramaticales portuguesas.

Los académicos, claro está, cultivaban lo castizo del idioma. Nadie leía a los académicos; todos leían a Monteiro Lobato.

Venían de lo mejor de la sociedad y, lejos del pueblo, no conocían su lengua, no sabían cómo hablaba el pueblo. Sabían que no hablaba como en Portugal y que, en consecuencia, no se debía escribir como los escritores portugueses. Corría una frase célebre, alusiva a Coelho Neto y a los demás académicos, que decía que hablaban en “escritores portugueses del Brasil”. Los modernistas no querían usar ese disfraz. Pero como les faltaba contacto con el pueblo y como no pretendían dirigirse a él, reducidos en su poesía y en su prosa a motivos íntimos y a veces totalmente esotéricos, inventaron, como solución, una lengua literaria que no era ni la de Portugal ni la del Brasil. Esa lengua es el gran defecto de algunos libros muy importantes, entre ellos el *Macunaíma* de Mario de Andrade, realizado sobre el material más popular posible, como son las leyendas amazónicas, pero escrito en un idioma que el pueblo no entiende. Verboso, poco literario y antipopular. Una creación artificial que ayudó mucho a que los modernistas fuesen siempre enteramente desconocidos del público brasileño. Eso tenía que ocurrir fatalmente, dada las raíces económicas del movimiento modernista.

En ese mismo período el Brasil era sacudido por una serie de revoluciones. Luis Carlos Prestes hacía la cruzada estupenda de la Columna Prestes, cortando con sus soldados el interior del Brasil de lado a lado. Esas revoluciones trajeron una fiebre de conocimientos de los problemas de su país al pueblo del Brasil. La victoria de la revolución de 1930 permitió que la literatura *nouveau-riche* del modernismo fuera sustituida por una literatura que se dirigía a todo el pueblo. Esa literatura tuvo que vencer innumerables problemas y tuvo, muchas veces, que apoyarse en la tradición de los novelistas o ensayistas ya citados de fines del Segundo Imperio y de comienzos de la República. Entre las cosas que buscó en esa rica tradición, veo la lucha por la liberación lingüística. Esos escritores, que nacían del pueblo, que habían vivido con él, comprendieron el error de los “modernistas” y comenzaron a escribir en la lengua hablada por el pueblo del Brasil. Cierto es que hubo

gran escándalo entre los académicos y también entre los “modernistas”. Los académicos encontraban que eran unos nuevos bárbaros que habían llegado. Y los modernistas, que se academizaban rápidamente (hoy han abandonado por completo su lengua artificial y escriben, en su mayor parte, en el portugués de Portugal), dieron a esos escritores el título de “primitivos”.

Así, pues, esos “bárbaros” o “primitivos” llevaron a cabo la liberación lingüística. Primero fueron los novelistas. En ese particular es notable la contribución de José Lins do Rego, gran narrador que escribe sus novelas de la misma manera que si contase una historia en una noche de tierra adentro, alrededor del fogón. Pronto vinieron los ensayistas, surgieron los libros que trataban el problema; Renato Mendonça publicó su libro sobre *El portugués do Brasil*; comenzaron las discusiones en los diarios, etc. Pero, principalmente, llegó el apoyo del público; por fin tenía escritores que podía entender. No sólo porque trataban asuntos que interesaban al pueblo, su vida, sus luchas, sus sufrimientos, sus alegrías, sino también porque escribían en la lengua hablada por el pueblo; lejos de esos escritores las palabras difíciles, las construcciones gramaticales perfectas, la preocupación estilística sobre bases consagradas.

Claro que hubo exageración, y que todos los libros iniciales de esa generación adolecen de cierto desaliño lingüístico. Pero, ¿qué revolución ha habido sin exageraciones en su momento inicial? Lo más importante es que esa generación se dió cuenta de las exageraciones y pasó entonces a una segunda etapa. La etapa de transformar esa lengua hablada por el pueblo del Brasil en un noble instrumento literario. Y que eso se está consiguiendo lo prueban las novelas, los ensayos, los cuentos de los modernos escritores brasileños.

No creo que pueda haber un regreso en ese sentido. Es verdad que, en este momento, se trabaja mucho para eso en el Brasil. Las fuerzas interesadas en destruir la literatura moderna brasileña por motivos que todos conocen, buscaron apoyo en los modernistas (ya que los

académicos se encontraban demasiado desmoralizados) y comenzaron a desarrollar una intensa campaña por la vuelta de la gramática. Pero sin resultados inmediatos. La reacción del público, fiel a los escritores liberados de la preocupación gramatical, anuló la campaña gubernamental. Y hablarle hoy a un escritor brasileño de la pureza del idioma y otras cosas por el estilo, es motivo de risa. Porque, en verdad, idioma puro lo tiene Portugal; nosotros, en el Brasil, tenemos un idioma mezcladísimo y... bellísimo.

Estamos haciendo de esa lengua de negros, mulatos, italianos, franceses, españoles, holandeses, ingleses, indios y portugueses un instrumento literario de una nobleza y de una belleza extraordinarias. Con él Gilberto Freyre pudo realizar una obra maestra de sociología como es *Casa Grande & Senzala* y José Lins do Rego pudo escribir el *Ciclo da cana de Assucar*, cinco novelas que pueden colocarse al lado de las mejores que dió América en ese siglo. En esa lengua escribía diariamente Rubem Braga una crónica que era un maravilloso poema. Nunca el pueblo brasileño aceptará a un escritor, ni lo apoyará, si no utiliza ese instrumento literario, que cada día se perfecciona más.

JORGE AMADO

# NOTAS

## Los Libros

VICTORIA OCAMPO: *Testimonios; segunda serie* (SUR, Buenos Aires, 1941). — Victoria Ocampo llama a sus artículos y conferencias *Testimonios*. Son una de sus maneras —no la única— de dar fe de sus preocupaciones y sus preferencias. Preocupaciones que se definen como principios: aceptación de nuestra común humanidad; admiración para los ejemplos —personas, casos— en que la esencia humana se acendra y se perfecciona; abolición del odio; deseo de sinceridad, de honestidad, de desnudez espiritual. Y una sola actitud históricamente condicionada: la protesta contra la condición proletaria, todavía proletaria, de la mujer en la sociedad occidental. Si esos principios son pocos y claros, las preferencias son variadas y complejas: desde el olor del campo en San Isidro hasta las fugas de Bach.

En la América nuestra, desde hace cincuenta años, la literatura huele a local cerrado. Antes no éramos así: la literatura se hacía para la calle, y hasta para el campo, como el *Martín Fierro* y los cantos criollos de las Antillas. Las mujeres, sí, fueron reacias al encierro, y dijeron su rebeldía en versos románticamente violentos. Victoria Ocampo, como Gabriela Mistral, es partidaria del aire y del sol. Devora libros, pero en su biblioteca está prohibido el polvo, y las ventanas están abiertas; además, se sale a leer al jardín. Lo que se le esconde no se le esconde por culpa de los libros, sino porque no está en su camino. Y para la lectura cree como para la religión los reformadores del siglo XVI: no hay más interpretación válida que la personal. ¿Exégesis? ¿Comentarios? Sí, ayudan; pero “sólo la vida tiene el poder de enseñar a leer a Shakespeare, como tiene el poder de enseñar a leer a Dante”.

Sólo de lo que muy personalmente le interesa habla Victoria Ocampo. De

lo demás, para qué. Para dar testimonio de su interés, no se le ocurre mejor manera que contar cómo se le despertó. El despertar va unido, en su memoria, al color y sabor del momento: si llovía, si zumbaban abejas o moscas, si se oían campanas, si la maestra estaba de buen o mal humor, si era tiempo de cerezas. Al principio, para la rigidez académica de nuestro público estas uniones sonaban a escándalo. A veces, concedámosle a la bestia policéfala, la evocación se frustraba. Después, Victoria ha adquirido mucha malicia literaria y sabe escoger sus recuerdos. Hoy se la lee con la feliz confianza de encontrar siempre en sus escritos sabor y color propios. Pero todavía se defiende de la bestia: “Pido disculpas, ya que se acostumbra hacerlo, por hablar de una experiencia personal. ¿Pero de qué otra experiencia se puede hablar honradamente?”. Y explica la función de sus escritos: son “una manera de vivir conmigo misma durante una parte de mis días. Una manera, también, de respiración. Poco importa que estas hojas ennegrecidas sean caducas como las demás, como las del plátano que se asoma a mi ventana. Habrán cumplido su función. El árbol habrá respirado por ellas... Estos testimonios, esta respiración, tienen un sentido. Como la planta que crece de preferencia en un clima; como tal o cual especie animal nacida en este continente y no en aquél... ¿Por qué habían de tener sentido la planta y el animal, pero no el ser humano?... No les reconozco mejores títulos a las araucarias ni a los teros”.

Cómo es posible comentar graves problemas de la humanidad, vastos temas universales, enlazándolos con sucesos de la vida individual, lo ha demostrado Victoria en su artículo *Vísperas de guerra*; hasta podríamos creer que es mero alarde de destreza si no supiéramos que la autora va viviendo en drama personal todo lo que cuenta. Lo vive así desde el llamado telefónico que la arranca de “esa luna de miel en que me sume siempre el primer contacto con Europa”: ya queda ganado el que comparte el estremecimiento, la alegría de los ojos ante piedras y tierra modeladas por siglos de espíritu. Después, la voz dictatorial que la persigue a través de “la ciudad más conmovedora de Italia”; el respirar de nuevo en París, “la ciudad donde es lícito ser veraz, aunque se corra el riesgo del escándalo”; la orden de probarse máscaras contra gases, en Londres, primer contacto de “la imaginación de la carne” con la idea de guerra; el “alivio de la carne” ante la noticia del supuesto arreglo pacífico de Munich; la conversación del florista, que la devuelve a la inquietud...

Cuando pasamos de las vísperas a la guerra, la ansiedad invade en tumulto las cosas todas. Las memorias escolares de la infancia —Skager-Rak, Kattegat, Sund— se complican con “la lectura discordante de los periódicos”; los países se sienten como personas, las personas como símbolos de pueblos. Todo es emoción personal y hasta posesiva: mi Francia, mi Inglaterra; como antes: mi enemigo el Atlántico, que en América separa de Europa y en Europa separa de América. “Contra la distancia he vivido en perenne rebeldía”.

Este ejercicio constante de hablar de todas las cosas a través de su íntima relación con ellas ha dado a los escritos de Victoria una vitalidad fresca que difícilmente tendrían si se hubiera impuesto, forzando su espontaneidad, tratarlas en forma impersonalmente docta. Así, en trance de hablar de la literatura inglesa en una exposición de libros, nada mejor que entregarse al azar de la memoria, comenzando por el olor de las estampas y el único naufragio a que se ha asistido —en *David Copperfield*, desde luego. O, al hablar ante escritores de Francia, rememorar las primeras palabras aprendidas en francés y las primeras lecturas. El único tema que Victoria se empeña en tratar objetivamente es el de la situación de la mujer; pero, bajo la aparente objetividad, qué sofocado temblor de irritación contra la estrechez mental, engendradora de la injusticia. Y al fin, la resignación: “nuestros sacrificios —los de las mujeres actuales— están pagando lo que ha de florecer dentro de muchos años, quizá siglos... Es este sentimiento de maternidad hacia la humanidad femenina futura el que debe sostenernos hoy”.

En los dos trabajos extensos de este último libro de *Testimonios*, sobre Virginia Woolf y sobre Emily Brontë, hay otra especie de objetividad: la que se aplica a reunir datos, a contar hechos, a describir libros. Pero este esfuerzo de aliento vigoroso, este *lungo studio*, no habría sido posible sin el *grande amore*: el fervor que alcanza a comunicarnos la emoción de contemplar de cerca esas dos extraordinarias personalidades y hasta el afán posesivo que empuja a llamar a la puerta de Virginia Woolf y a visitar la casa y el páramo donde ardió y se consumió el genio de Emily Brontë.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

JORGE LUIS BORGES, SILVINA OCAMPO y A. BIOY CASARES: *Antología poética argentina* (Edit. Sudamericana, Colección Laberinto; Buenos Aires, 1941). — Cuando me pidieron que me ocupara de este libro de versos, amante como soy de ellos, aunque no tanto como para dejar de escribirlos, me pareció cosa relativamente sencilla. Pero ahora, al encontrarme a solas frente a mi máquina de escribir, se me revela de pronto que esta soledad y aquella sencillez son meras apariencias, y que tú, lector, ya habrás advertido, o advertirás con el tiempo, mi presencia en la antología que debo comentar.

No es la vanidad mi vicio, ni la modestia mi virtud característica, y no son ellas las que traban mi labor, sino la insospechada timidez que me asalta en toda reunión de más de cuatro personas. Imagina cómo podré desenvolverme en esta *Antología* en la que me rodean sesenta y nueve, muchas de ellas de incommovible prestigio, ya literario, ya de otro género. En mi calidad de hombre de poco mundo, temo incurrir en todas las inconveniencias que desearía evitar, y por esa incontrolable y trágica tendencia que azora a los tímidos, especie de vértigo que nos arrastra al abismo, sé de antemano que no podré eludirlas.

Además, que no es fácil hacerlo. ¿Cómo, por ejemplo, preguntarle al Sr. Roberto Godel con qué derecho, fuera del que le pueda conferir su amistad personal con uno de los dueños de casa, ha concurrido a esta reunión de poetas? ¿Acaso en representación de los lectores poco aprovechados?

¿Cómo advertirle discretamente a la Sra. Gloria Alcorta que se ha equivocado de *Antología*, y que en ésta de poética argentina “on ne parle pas français”?

¿Y a su vecina de enfrente, la Srta. Elvira de Alvear, que si no tiene otro soneto con el cual contribuir, este a la “Muerte de Gabriel D’Annunzio” es realmente impresentable? ¿De qué manera comunicar a los siempre suspicaces jovencitos aun inéditos, que ésta debe ser una reunión de personas mayores, y que ellos deben pasar al limbo de la pre-antología hasta que rindan su libro de ingreso?

¿En qué momento de la reunión podré llamar a página aparte a los Sres. Carlos M. Grünberg y César Tiempo, para confiarles en secreto que el filosemitismo es un tema tan poco lírico como el antisemitismo?

¿Habrá, acaso, un hombre tan de salón que encuentre la fórmula cortés y eficaz para darle a entender a la Sra. Wally Zenner que, a fin de mantener su prestigio de enemiga pública N° 2 de la poesía, no es imprescindible que publi-

que sus versos, que basta con sus recitales? ¿Cómo hacer para no molestarla con esa ubicación en el segundo puesto, si no puedo, en conciencia, regatearle el primero a la Sra. Berta Singermann?

Luego, eso de tenerme que poner a discutir en público, o mejor dicho a reanudar una vieja discusión inevitable con el prologuista, Jorge Luis Borges, acerca de la "totalitariedad" (perdón, soy culpable de la palabra) lírica de Lugones, de la que todos nosotros no seríamos sino hipóstasis... Volver a manejar la demostración de que Leopoldo Lugones, gran poeta a ratos, irremediablemente cursi siempre, nada tiene que ver con nuestro movimiento ultraísta, salvo ser su antítesis. Y tener que llamar la atención sobre los poetas que faltan, no sobre todos los que mi criterio —más falible aún que el de los compiladores— admitiría, sino sobre dos de ellos, sin los cuales toda antología poética argentina contemporánea quedará irremediablemente trunca. Dos nombres que por numerosas circunstancias no se debieron omitir, y que sin embargo se olvidaron increíblemente: uno de ellos, el preclaro de Macedonio Fernández, no inferior por cierto a Ignacio B. Anzoátegui ni a don Ricardo Rojas. El otro, el de Jorge Luis Borges, acaso un poco más significativo que el del ya citado Godel.

Todo esto es terriblemente engorroso para mí. Pero para intentarlo con cierta libertad de juicio tendría que empezar por retirarme del recinto de la *Antología*, lo que, además de las dificultades técnicas que supone, confieso que no me conviene, porque se está bien ahí dentro, en la ennobecedora vecindad de los sonetos de Banchs, o al arrimo de la dulce "Luz de Provincia" de Mastronardi.

No. Reconozco que me será imposible salir del enredo. Lo siento por ti, lector paciente que me has seguido hasta aquí esperando mi comentario sobre este libro, pero si intentara la mitad de lo que te he confiado sería el primer caso en que, dentro de una *Antología*, las personas en ella reunidas, por lo general tan correctas como los inquilinos de un panteón de hombres ilustres o no, anduvieron a la greña.

Y no quiero dar ese espectáculo.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

GERMÁN ARCINIEGAS: *Los alemanes en la conquista de América* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941). — Nos presenta Arciniegas la deslumbrante historia del esfuerzo de unos banqueros alemanes para apoderarse de las riquezas de América. Inicia el relato con la descripción de la España isabelina, trazando un perfil admirable de la soberana católica que, después de unificar los cuatro reinos de España, se propuso el entroncamiento de su casa con las principales familias reinantes de Europa. Esta política casamentera de la reina Isabel originó la serie de aventuras en que chocaron la raza española (hidalgas, caballerosa, que animaba el instinto de los fundadores de imperios) y la raza autóctona de las selvas colombianas (indomeñable cuando se la quería rendir tan sólo por la fuerza) contra la raza teutona (ávida de oro y plata, especias, pedrerías y dominio político).

Dió la reina Isabel entrada a los teutones en España casando a su hija Juana (la Loca) con Felipe el Hermoso, un retoño del emperador Maximiliano de Austria. “En esta forma —dice Arciniegas— la misma reina, tan celosa de conservar para España y para sólo España su corona y sus conquistas, abre la puerta para que los Habsburgo se mezclen en los negocios del reino”. Cuando el fruto de aquella unión, educado en Gante, entre alemanes, y que ni siquiera hablaba español, viene a ocupar el trono que le pertenece por herencia, bajo el nombre de Carlos I, se entronizan con él en la península los Fugger y los Welser, que para los españoles serán los Fúcares y los Belzares. Desde ese momento, España es como una presa de los especuladores tudescos, quienes con su dinero compran el voto de los electores alemanes y hacen emperador de Alemania al nieto de Isabel. Así se aseguran el apoyo de Carlos V para sus proyectos de conquistas en el Nuevo Mundo.

La conquista de América se había iniciado años antes bajo el patrocinio de los reyes católicos de España. Llegaban a la península las primeras remesas de oro y plata logradas por el valor hispano, y los sobrevivientes de la expedición de Magallanes traían relatos de riquezas fabulosas. La expedición de Gaboto, financiada por los alemanes con miras a la conquista de las Molucas, se había dejado fascinar por la leyenda del Rey Blanco, remontando el Paraná en procura de tan codiciado tesoro. Sus componentes traen a su vez a España historias alucinadoras sobre las riquezas de esas tierras vírgenes. América fué vista por los codiciosos banqueros alemanes a través de esos relatos. Y no les

bastó que el metal precioso que enviaban a su país los conquistadores españoles pasase por sus manos e ingresara en sus propias arcas de Alemania. Quisieron conquistar a su vez, para llegar sin intermediarios hasta las fuentes del oro y la plata.

Es extrañamente cautivante esa historia de los intentos de conquista de América por los alemanes, relatada por Arciniegas. Fletaron primeramente la expedición de Gaboto, por la que sus agentes llegaron al Paraguay, pero sin éxito. El teutón Schmüdl se olvida a orillas del Paraná de su papel de factor de los Welser y trajina veinte años por su propia cuenta, siendo inclusive "comunero" contra el gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, defensor de los indios, pues el buen alemán sostiene el derecho ilimitado del blanco a hacer esclavos y efectuar rescates. Venezuela es hacia donde los Welser y los Fugger orientan luego sus persistentes esfuerzos. Pero lo que menos se proponen los teutones es poblar, como lo hacen los hispanos, hijos de una tierra de ilusiones e ideales generosos, a la vez que de ardiente misticismo. Vienen a buscar oro, exclusivamente. Y ni siquiera a obtener oro por rescate de los indios apresados. Entran a saqueo. Donde pasan no queda una choza ni un indígena. Se abren paso en las selvas como alucinados por la visión del metal blanco y amarillo.

Estos conquistadores alemanes van en busca del tesoro de Atahualpa y del palacio de paredes de oro del Rey Blanco, comisionados por los Welser y con cartas de privilegio suscritas por el emperador de Alemania. Nada los arredra. Los Ehinger, los Federmann, los Hohermuth, los Seissenhoffer, los von Hutten avanzan desde las orillas del mar Caribe hacia el sur, en expediciones que agotan inútilmente sus fuerzas. Micer Ambrosio Ehinger muere en el regreso de su expedición de tres años, con la garganta atravesada por una flecha envenenada de los indios. Hohermuth muere de impotencia y rabia, después de haber gastado tres años, también, en la búsqueda de inhallables riquezas. Von Hutten vuelve flaco y rendido, con las manos vacías y su gente descontenta, después de cinco años de brega en las selvas venezolanas, para encontrar su gobernación ocupada por quien lo manda asesinar, juntamente con uno de los Welser, su compañero de empresa.

Así terminan sus expediciones esos factores de los banqueros germanos. Ese esfuerzo dura dieciocho años, y no deja más rastro que las cenizas de los incendios. Algo se llevaron del Nuevo Mundo los ávidos teutones que armaban

carabelas en los puertos de España para que volviesen cargadas de tesoros. Pero en cambio nada dejaron de provecho. ¡Ni una fundación! ¡Ni una reducción de indios para colonizar y difundir la civilización europea o sembrar el germen de la religión en que habían sido criados!

El libro de Arciniegas hace resaltar, por contraste, el mérito de los españoles en su conquista de América. Éstos no fueron blandos con los naturales. Pero crearon poblaciones, como, por ejemplo, ese Juan de Ampíes, que había establecido en Coro un establecimiento en donde vivía en paz con los nativos, y que los gobernadores alemanes destruyeron a su llegada.

De *Los alemanes en la conquista de América* surgen admirables estampas de la España isabelina, de las tierras vírgenes de América y del drama de su conquista. Es una viviente documentación, de la que se desprende un inevitable paralelismo con los actuales sucesos internacionales.

ARTURO MONFORT

MANUEL ÁNGELES ORTIZ: *Estampas litográficas* (Buenos Aires, 1941). — Manuel Ángel Ortiz publica un álbum con seis estampas litográficas. Por su técnica impecable y su excelente impresión, la obra que acaba de aparecer constituye un libro señero en las artes gráficas del país. Y, por su contenido, significa todo un acontecimiento artístico.

Su tema es el paisaje de Nahuel Huapí. El solo nombre evoca cumbres nevadas, vastas extensiones de aguas, magníficos bosques de árboles milenarios. No hay quien no conozca este paisaje, ya sea directamente, ya indirectamente, por la fotografía y el film. No han faltado, tampoco, pintores que se han inspirado en tan imponente naturaleza. Pero la inspiración de Ángeles Ortiz es de otro orden. Él mismo lo advierte en sus palabras de la portada: se limita a presentar "algunas características". Rehuye, por tanto, el conjunto de elementos naturales que dan la nota grandiosa. La montaña no pasa de ser un fondo lejano, el agua, una mancha de luz, y el bosque se reduce a tres troncos calcinados. Son estos troncos y un buey fantasmal, que aparece en las tres primeras litogra-

fías y cuya testuz figura en las últimas, los protagonistas del paisaje. No obstante su extrema simplificación, la magnificencia surge allí con cierta grandiosidad pristina de tierra virgen. Y nos comunica una emoción profunda.

¿Cómo se consigue?

Convertir en elementos plásticos los datos de la naturaleza es función del artista. Para ese fin es menester una ciencia suma y una técnica segura. Mediante ello es posible crear belleza. ¡Y cómo la evocan estos simples dibujos a lápiz! Es sortilegio haberla captado con un medio tan restringido. Sortilegio de luz, el agua que fluye y la tierra desnuda; sortilegio de forma, los troncos animados de una extraña vida, la arabesca plástica de los detalles y el ritmo en que se resuelven. Y es mucho oficio el que revelan el dibujo y el juego del lápiz que presta interés a los espacios llanos. Las estampas han sido litografiadas —dibujadas sobre piedra— por el propio autor.

Esto en cuanto a los valores plásticos.

Como representación, Ortiz nos descubre un paisaje elemental y fantasmal al mismo tiempo. La luz trastoca las cosas. El buey semeja una aparición cuando asoma la cabeza: tan albo es y tan alba la palizada que oculta su cuerpo; tenues y delicadísimas son las flores de un cardal bañado en luz, y la blanca y redonda piedra en un charquito de agua en sombra. Pero la atmósfera fantasmal está dada, sobre todo, por los troncos que el fuego ha calcinado y cuyas partes intactas plateó el sol. El artista los presenta bajo aspectos diferentes. Un pedazo de tronco sobre el suelo tiene la vida de un torso esculpido; otro gran tronco hace el efecto de que una llama deslumbrante brotara en medio de su cuerpo negro y lacerado; tres se convierten en totems gigantes: mientras un tremendo ojo nos mira con fijeza, parecen avanzar, moviendo sus formas proteicas. Tremenda es la fuerza que se desprende de todos ellos; son parte integrante del suelo. Y esta sensación que producen me recuerda la primera vez que vi un tronco pintado por Van Gogh, y aprendí a distinguir entre el árbol que arraiga en la tierra y el que parece superpuesto a ella (como ocurre con muchos pintores). También guarda Ortiz una distante analogía con Van Gogh en la fuerza elemental de su paisaje. Pero mientras que para el holandés la naturaleza es fuego y movimiento desenfrenado, para Ortiz es luz y vibración (apenas perceptible). La sensibilidad de Ortiz es de otro

género. Pintor moderno, no acusa, sin embargo, ninguna influencia conocida. Posee una visión de las cosas completamente original. No obstante, pertenece a su generación, y estas litografías son el fruto de los sucesivos ensayos plásticos que han preocupado a los artistas creadores en lo que va del siglo.

ANA M. BERRY

## Música

### ¿EXISTE EN REALIDAD UNA ESTÉTICA MUSICAL?

*“El período de la reflexión empieza apenas para la Música”.*

GEVAERT

En los dos años escasos que llevo vividos en La Habana, he oído hablar de Estética más, mucho más, que en cuarenta años de intensa vida cultural en Europa. En Francia, en Italia, en Alemania, en Inglaterra, se habla poco de Estética, pero la Estética está presente y vigente en todas partes. Nosotros, en cambio, vivimos deliberadamente al margen de la Estética, pero hablamos de ella como de una prima hermana menor, pobre, desde luego...

En Música, particularmente, la noción de la Estética produce estragos. No hay un “plan de estudios” que no ostente, muy alta, la bandera de la “Estética Musical”. No hay Conservatorio que no tenga en reserva a un doctísimo y superlativo profesor de “Estética Musical”. Pero la Estética no aparece, o aparece disfrazada de nociones escolares que, aplicadas al fenómeno “musical”, constituyen un ejemplo característico de lo que vulgarmente se llama “una lamentable inversión de valores”. Dedico una amplia reverencia a las excepciones... que son pocas, pero valiosas.

Cierto es que, hace treinta años, poco o nada se conocía en estas latitudes de estas sutiles enseñanzas. Hoy, en verdad, no podemos prescindir de ellas.

En un sentido general, desconocer las normas de la Estética —así a secas— equivale a ignorar lo más íntimo y lo más profundo del gran misterio del Arte. Es privarse de luces maravillosas; es balbucear e ignorarse a sí mismo; es adoptar ante la vida espiritual una posición tan negativa como estéril.

El arte es una afirmación del ser: es vida, es consuelo y es cultura. El conocimiento y captación de lo Bello, a través de la Estética, es, no cabe duda, una de las adquisiciones más elevadas y completas que la vida espiritual puede ofrecernos. La Estética es la doctrina que nos revela los secretos de la Belleza. A su vez, la Belleza es un estado emocional de la vida, y parte de su finalidad. Si de la vida se excluye el sentir, la palpitación y el sentimiento de lo Bello, muere o se atrofia en nosotros el sentido soberano de la vida espiritual.

Ahora bien: la Música es una Princesa Encantada muy celosa de su soberanía. La Música no es, ni quiere ser “materia”; quiere ser “espíritu”. La Música no es una plástica mensurable. La Música es un milagro permanente que nadie, en realidad, ha acertado a definir. De suerte que, si hay, si existe —como se dice— una Estética Musical, no es ciertamente la que enseñan los manuales que ostentan este título. Es otra, sin duda alguna. La Estética es una filosofía; pero aplicada a la Música —si ha lugar a ello— debe ser translúcida, límpida y “sonriente”.

Uno de los más grandes misterios del espíritu humano es el concepto de lo Bello. Desde siglos remotos, el hombre consciente ha tratado de enfrentarse con esta incógnita. Con ahinco tenaz, con pasión, el hombre ha observado el fenómeno de la Belleza, sus leyes movedizas y cambiantes, sus modalidades todas, sus excepciones y sus contradicciones. Pero ocurre que la Lógica y la Estética no están siempre de acuerdo. Lo que parecía cierto ayer, dejará de serlo mañana. El concepto que ayer parecía fundamental, queda hoy relegado al margen de los errores... Y así era hace mil años, y así será mañana, afortunadamente, porque el concepto de lo Bello es irreductible e indefinido.

El concepto de lo Bello está tan estrechamente vinculado al concepto de la vida, que el querer fijarlo parece como un atentado al concepto vital mismo... De esa movilidad, de esa constante transfiguración del concepto de la Belleza surgió la idea de una observación organizada, metodizada, a la que damos el nombre de *Estética*, vocablo artificial de origen pseudo griego..., que los griegos de la antigüedad no usaron nunca, sea dicho de paso.

La aplicación de la Estética a la Música crea una considerable cantidad de problemas poco menos que insolubles. Durante más de un siglo, los cánones de la Estética fueron aplicados a la escultura, a la pintura, a la arquitectura y, casi simultáneamente, a la poesía. Engañados por las apariencias, los Estetas quisieron extender su radio de influencia hasta la Música, mas para ello tuvieron que incautarse del material escolástico-musical: es decir, de normas escolásticas ya seculares; normas que, arbitrariamente, fueron incorporadas a la Estética. Desde entonces —y pronto hará un siglo de ello— todo ha sido y sigue siendo confusión lamentable entre la Estética y la Música.

Dicen que para muestra basta un botón, y el que voy a mostrar es de calidad: en un libro titulado *La Música y la vida interior*, escrito por dos notables estetas modernos, los señores Bourgués y Déréneaz, hay un párrafo que dice: “La Música es la mímica sonora de la motricidad emocional. Inversamente, la emoción musical no es más que la repercusión kinestética y coenestética de la Música...”. Literalmente aterrado cerré el libro, y pensé que si la observación y conocimiento del hecho estético y su aplicación al fenómeno musical nos conduce a tan insólitas conclusiones, si para adornar nuestro léxico tenemos que apelar a esa crueldad de expresión, la luz que buscamos no brillará nunca para nosotros. El estudio, la observación y crítica de los fenómenos estético-musicales deben ser amables y claros. E insisto en ello porque pesa sobre la Música una sospechosa leyenda que parece predisponer a lo contrario. Esta leyenda es obra de los malos estetas, de los malos iniciadores y, sobre todo, de los pedantes. Por mis manos han pasado docenas de estos supuestos tratados de Estética Musical. ¡Qué desconsuelo y qué amargura al enfrentarse con esta cruel y vacua sabiduría..!

Si para explicar el hecho estético y su repercusión emocional hay que recurrir al arsenal de la acústica, de la química, de la estática, de la mecánica, de la óptica, y enfundarnos en la investigación de los fenómenos cósmicos; si hay que apelar —como se pretende— al estudio de la inercia fónica, de la fónica cadencial, de la disonancia pura y perpetua, del intertonalismo y de la psicología de la tonalidad; si hay que invocar a Pitágoras, a Aristógenes y a Zarlino para justificar la constitución de las escalas físicas; si a este macabro banquete hay que invitar a las escalas defectivas y efectivas; si hay que enzarzarse en los loga-

ritmos acústicos; si es menester poner en tela de juicio, una vez más, la ley del temperamento igual y los teoremas de Helmholtz y Tyndal; si hay que estudiar los fenómenos del órgano de Corti, la reflexión y refracción de sonido, los fenómenos de resonancia, las ondas sonoras, las leyes de la vibración de las cuerdas, la fórmula de Taylor, la oscilación del péndulo..., y mil otros fenómenos más o menos naturales o más o menos trascendentes, tiempo ha que los músicos vivirían todos en los manicomios. Y no porque yo crea que esas nociones carezcan de valor intrínseco, sino porque de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Y a ese mal paso nos conducen los pedantes, invirtiendo los valores, confundiendo los términos, sembrando el desorden, alterando la marcha natural de las cosas y trocando el buen sentido por el más aflictivo y más irracional de los absurdos.

Claudio Debussy, que hizo de la técnica musical un milagro de belleza, decía: “Hay que arrancar de la música todo concepto científico. Lo complejo es lo opuesto del Arte. La Belleza debe ser perceptible y debería penetrar en nosotros sin esfuerzos vanos”. Y Giovanni Bovio decía que “al Genio al que le falta la sonrisa, le falta un ala”. Verdad que pudiera verterse en copas venecianas, para ofrendarlas a los pedantes, a guisa de cicuta...

Si para discurrir sobre el “hecho musical” y sus derivaciones, hemos de recurrir a la técnica escolástica, la Estética está demás. La técnica se aprende en el aula. La Estética, es decir, el sentir, la palpación de lo bello, no se aprende: se adivina y se “recibe” con las otras vibraciones de la vida, como un don, como una gracia. No como una regla.

El intenso espíritu de investigación científico que caracteriza a nuestro siglo, ha colocado a la Estética en preferentísimo lugar. No hay que olvidar, sin embargo, que los creadores de la Estética fueron, en realidad, Sócrates y Platón. Todos los filósofos posteriores, desde Aristóteles hasta Bergson, han considerado la estética como la más espiritual de las nociones filosóficas humanas. Pero ni Sócrates ni Bergson pensaron en una Estética de la Música. Las imperiosas necesidades del sentir del alma, conjugadas con el sentir de lo Bello, dieron forma a este conglomerado de entusiasmo llamado, antaño, las “Artes Divinas”, y luego las “Bellas Artes”. Mas tampoco se pensó entonces en la Música.

La Pintura y la Escultura, podríamos decir, son artes de imitación. La Arquitectura es arte de creación. La poesía es arte de invención subordinado a leyes idiomáticas. Pero la Música es un arte de fantasía... "suspendido entre el cielo y la tierra...".

Los Estetas olvidan, con alarmante frecuencia, que el objeto primordial del Arte no consiste en "representar algo", sino en "expresar algo". Según Taine, la Estética debe considerarse como una filosofía del Arte. De ahí no debería pasar nunca en lo que a la Música se refiere. Voy más lejos: Luis Dimier, historiador y filósofo francés, decía que "la Estética real y absoluta no existe". Existe solamente una "estética de las apariencias".

La Música se presta poco o nada a lo que Wundt llama "ciencias normativas". El elemento "música" es de una sutileza poco menos que irreductible. No hay un "imperativo categórico" para la Música, ni creo que pueda haberlo nunca. Aparte de que, cuando oigo hablar de "ciencias normativas", recuerdo, automáticamente, que Renan vaticinó, en su *Porvenir de la Ciencia*, que la Música, vencida por la Ciencia, "se acabaría pronto...". A pesar de los millares de puñaladas que la Música recibe cada día, a pesar de los parásitos sin rubor que la acechan y profanan, y a pesar de los pedantes, la Música sigue y seguirá impertérrita su trayectoria divina a través de la Historia. La Estética es uno de los caminos que conducen a la revelación de la Gracia... pero no será nunca una "técnica" para la Música, como algunos pretenden.

La Estética puede, fácilmente, cumplir su función y su mandato en el ámbito de la pintura, de la escultura, de la arquitectura y aún de la poesía. Pero, frente a la música, esta función es de un mínimo alcance.

La Estética propiamente dicha empieza a entrar en contacto con la Música en las nociones superiores de la Teoría: es decir, en el momento en que la escuela se apodera del neófito. De ahí pasa a la Armonía, al Contrapunto, a la Composición libre y a la Orquesta. Cuando el presunto "héroe" sale de la Escuela, ha adquirido plena conciencia de lo que es Bello y de lo que no lo es. De suerte que, desde la iniciación elemental hasta el conocimiento máximo, no ha hecho más que cumplir el mandato estético que le dictaron los cánones *musicales*. La estética del pintor, del escultor o del arquitecto no le interesan más que de rechazo. El pintor, el escultor o el arquitecto trabajan con la materia y, a veces, *contra* la materia. El músico compositor trabaja con el espíritu y... con

la gracia de Dios, podríamos decir. El artista nato lleva la Estética entre la frente y el corazón, como una gran cruz... y con sus espinas.

“No cabe legislar en materia de Estética —dijo Valera—. Se puede discutir sobre ella, pero no se dan leyes para producirla”. La Gracia suprema, la Gracia divina de la Música es inviolable, pese a la recua de vándalos que la persiguen.

JOAQUÍN NIN

## Polémica

A QUIENES LEYERON A JORGE LUIS BORGES, EN SUR, N<sup>o</sup> 86.

Dice Jorge Luis Borges, págs. 67-68: “No adolecemos de dialectos, aunque sí de Institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos; mañana transcribirán la voz de *Catita*. En esos detritus se apoyan; esas riquezas les debemos y les deberemos”.

No conozco ningún instituto dialectológico en el país, pero sí un Instituto de Filología, de que me declaro director, que publica entre otras cosas una *Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana*, con estudios sobre las hablas rurales de toda América. Y como, que yo sepa, no hay en nuestro país ninguna otra corporación similar, las gentes creerán que J. L. Borges se refiere en su informe al *Instituto de Filología* (Facultad de Filosofía y Letras), y quizá tengan razón. Por si acaso, aclaro:

1<sup>o</sup> El Instituto de Filología no ha inventado ninguna de las jerigonzas de que J. L. Borges habla, ni las ha estudiado en poco ni en mucho, salvo la lengua del *Martín Fierro*.

2º El Instituto no las ha reprobado. La filología se interesa por todas las manifestaciones lingüísticas, las estudia y procura explicar cómo funcionan y cuál es su historia; pero no es su papel el académico de aprobar o reprobar: en este terreno la Filología —Borges lo sabe muy bien— registra que la *gente* acepta o rechaza una forma lingüística, como una de sus tantas características. El reproche que se suele hacer a los filólogos es el contrario del que ahora ejerce J. L. Borges: que por explicar todo, aceptan todo. No es acertado, pero me disgusta menos.

3º Por consiguiente, el Instituto no vive de lo que J. L. Borges dice. Con lo que el Instituto da fe de vida es con varias series de publicaciones, en las que se estudian cuestiones relativas a la historia y funcionamiento de nuestra lengua, especialmente en América, y a la historia e interpretación de nuestra literatura. La situación me obliga a decir que el Instituto ha ganado para la Argentina la consideración del mundo científico, del pequeño y esparcido mundo científico, en esto: que, gracias a él, en la Argentina se cultiva con seriedad una de las ciencias. El Instituto de Filología cumple en esto la parte encomendada, como en otras ciencias otras corporaciones universitarias.

4º El Instituto no ha improvisado el gauchesco. Ha aceptado el convencionalismo general de llamar "literatura gauchesca" a la que se ocupa de los paisanos del litoral argentino (y de los uruguayos) remedando su lenguaje rural. Y ha aceptado el subsiguiente convencionalismo de llamar "lenguaje gauchesco" al que han usado y usan esos paisanos. La literatura gauchesca no se reduce a Hernández; el mismo Borges ha escrito muy ingeniosamente sobre el coronel Ascasubi. Antes y después hemos tenido y tenemos otros. Estos escritores, es cierto, son hombres de ciudad que remedan la lengua de los campesinos. Pero en el libro que sobre esta materia ha publicado el Instituto (E. F. Tiscornia, *La lengua del "Martín Fierro"*) cada una de las formas presentadas por Hernández como campesinas está contrastada con el uso rural (testimonios orales, o escritos de otras procedencias), y se hace diferencia entre las formas realmente campesinas y las que son debidas al poeta. No hay en el libro de Tiscornia el menor indicio que permita atribuirle reprobación de la jerigonza que inventa, ni de que la invente, ni de que la tenga por jerigonza. Hay respeto, y algo más: un ostensible cariño por la humanidad que ha usado y, en parte, usa ese lenguaje.

5º El Instituto no ha inventado el *cocoliche*. Tampoco lo ha estudiado.

6º El Instituto no ha inventado el *vesre*. Tampoco lo ha estudiado. En cambio sí ha estudiado y sigue estudiando el hablar de Buenos Aires y de nuestros campos, y no desde un punto de vista académico o autoritario.

7º El Instituto no posee gramófonos; probablemente no transcribirá mañana la voz de *Catita*.

8º El Instituto no se apoya, pues, en esos detritus con los que no tiene contacto.

9º Si algo se le debe al Instituto, no son, sin duda, esas riquezas o detritus. Aunque, por supuesto, sólo con ironía se puede hablar de deber algo. Los que allí trabajamos, como otros en otros puestos, lo hacemos por cumplir nuestra propia vocación y por hacer lo más decentemente posible la tarea que nos toca en la comunidad a que pertenecemos y en el suelo donde se desarrollan nuestras vidas, o sea, en nuestra patria, si ustedes me lo permiten. Y haciéndola entre todos, no vamos a andar debiéndonos por ello los unos a los otros.

Como muestra de estilo, el pasaje acotado de Jorge Luis Borges es tan excelente como otros de sus mejores páginas; como información es errónea; como estimación, injusta.

*Universidad de Harvard.*

**AMADO ALONSO**

## Las Revistas

LETTRES FRANÇAISES, N° 3, Buenos Aires, enero de 1942.

A. BRETON ET A. MASSON: *Le Dialogue Créole*. Este diálogo, no exento de atinadas observaciones, descubre la preferencia del superrealismo por la flora de ciertos lugares de América, de esa América keyserlingniana, la del tercer día de la creación. — LOUIS GILLET: *Joyce Vivant*. I. Primera parte de un estudio que promete ser interesante. Por lo pronto nos acerca al hombre de todos los días y nos tiende una serie de puentes para entrar en los misterios de la obra. "...Se puede afirmar que este problema de la paternidad, esta relación de padre a hijo o (en otro sentido) de hijo a padre, este vínculo, ya sea ascendente, ya sea descendente, pero siempre enteramente extra-sexual y absolutamente no-voluptuoso, es el fondo esencial del problema joyciano: es lo que explica en *Ulisses* (en el capítulo III de la *Telemaquía*) la larga meditación de Stephen Mullighan sobre Hamlet. Este fragmento es la clave del libro". — ANTHOLOGIE DE LA NOUVELLE POÉSIE FRANÇAISE. II. — YASSU GAUCLÈRE: *Une petite fille et Dieu* (Fragmentos de *L'Orange Bleu*, novela cuya edición francesa fué confiscada antes de llegar a distribuirse). — E. NOULET: *Bergson et Valéry*. "Siempre resulta muy delicado —y a menudo vano— medir la influencia de una filosofía sobre una poesía". Aquí se ha realizado un excelente estudio comparativo entre Bergson y Valéry. Los límites que restringen el paralelismo y las coincidencias han sido particu-

larmente subrayados. Conclusiones: Es exagerado reducir a Valéry al "type bergsonien". Estos espíritus están próximos y distantes al mismo tiempo. "Ciertamente, han palpado los mismos errores de los filósofos y han apuntado al mismo problema central de la filosofía, el de la conciencia". Pero las divergencias son profundas, y las semejanzas —aunque numerosas— son únicamente formales. — TEXTES À RELIRE: JOSEPH DE MAISTRE: *La Campagne de Russie*. — BENJAMIN CONSTANT: *De l'esprit de conquête* (Algunos capítulos del libro del mismo título que apareció en París en el año 1814. Admirable análisis de la amenaza que se cernía sobre el espíritu europeo con la ambición napoleónica). Los textos que se publican en esta sección están siempre magníficamente elegidos.

NOSOTROS, N° 68, Buenos Aires, noviembre de 1941.

ROBERTO F. GIUSTI: *Panorama de la literatura argentina contemporánea*. Conferencia inicial de un ciclo sobre nuestra literatura, organizado por la Sociedad Argentina de Escritores. Se traza con juicio ponderado una visión de conjunto de todas las formas literarias argentinas (poesía, novela, cuento, teatro, historia, ensayo, crítica) sin detenerse en libros o autores. — EUGENIO JULIO IGLESIAS: *Seguidillas de las campanas de Río*. — JOSÉ GABRIEL: *Primor de la Pampa y su cantar*. — MARIANO ANTONIO BARRENECHEA: *¿Qué ocurre en el mundo?* Esta carta se

vincula con el ensayo que el mismo autor publicó en *Nosotros* del mes de junio, y con la carta abierta que, a propósito de dicho ensayo, publicó Ángel Ossorio en el N° 65 de *Nosotros*. Analiza con espíritu objetivo los verdaderos móviles de la política internacional británica. “Ningún acto de política exterior, y puede agregarse también que de política interior, fué emprendido o contemplado por cualquier Estado europeo en el curso de los veinte años últimos, que no haya tenido en vista, directa o indirectamente, la destrucción del Estado socialista ruso”. Destaca el peligro que para los destinos de un pueblo que aspira a la libertad significa la presencia de elementos inequívocos de persistente “clivedenismo” o “chamberlainismo” en el gobierno británico. — CARLOS N. CAMINOS: *Viaje pintoresco al interior*. — OSCAR BIETTI: *Evolución de la poesía de Gabriela Mistral*. — *Tala*, libro de auténtica y honda poesía, acusa un cambio en el tono expresivo de Gabriela Mistral. — C. SAÚL VILLAR: *Poesías* (Capricho, Soneto idílico. La memoria). — ALBERTO BARMAS: *Enrique Federico Amiel o el viajero sin destino*. — NELLY ESTHER ITURRIAGA: *Invitación al viaje*. — *Poesías de* BLANCA ALICIA CASAS, JUAN G. FERREYRA BASSO, MARIO LUIS DESCOTTE, BENJAMÍN LINARES Y ECIO ROSSI.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO, Bogotá, agosto y septiembre de 1941.

F. A. VUILLERMET: *La misión de la juventud contemporánea*. Extensa disertación de tono enfático que intenta responder —desde un punto de vista católico— a la pregunta: “¿Cuál es la misión de la juventud contemporánea?”. Tiene algunas observaciones exac-

tas. Por ejemplo: la confusión que reina en las aspiraciones de nuestra generación joven y su visible alejamiento de las cosas serias. — LUIS REYNAUD: *Significación y consecuencias del romanticismo en Francia*. El autor —Profesor de Letras en la Facultad de Clermont-Ferrand— nos ofrece una visión panorámica de las líneas generales de este movimiento literario. Presta atención muy especial a las influencias inglesas y germánicas. — EDWIN TAUSCHER: *Filosofía de lo psíquico* (Introducción a la Historia de la Psicología, desde un punto de vista metódico y filosófico). Cuadro de las diversas formas históricas adoptadas por la psicología metafísica: la dualista, la espiritualista y la materialista. — EDUARDO CARRANZA: *La poesía de Rabindranath Tagore*. Hermosas palabras de conmemoración. — RABINDRANATH TAGORE: *El extraño país*. — *La noche*. — RAISSA MARITAIN: *Henri Bergson*.

LETRAS, N° 19, Órgano de la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

JOSÉ JIMÉNEZ BORJA: *El Problema del Bilingüismo en el Perú*. Desventajas que trae el bilingüismo. “Debemos fomentar, en consecuencia, la unidad lingüística nacional sobre la base del castellano, idioma peruano desde hace cuatrocientos años”. — LUIS F. XAMMAR: *Táctica lírica de Carlos Augusto Salaverry*. Vida y obra de este poeta peruano. Dice el autor que “cuando se considera que en el desborde romántico, el primer valor que naufragó fué la discreción, tenemos que reconocer unánimemente en Salaverry —y en su discreción lírica— la más pura voz de nuestro movimiento romántico”. — J. M. B. FARFÁN: *¿Quechua o Quichua?* — FRANCIS-

CO ROMERO: *Saber ingenuo y saber crítico*. — *Seminario de Letras*. — EL POEMA DEL CID: trabajos de los alumnos del curso de Historia de la Literatura Castellana. — CARLOS D. VALCÁRCEL: *Cronología y Genealogía de Garci Pérez de Vargas*.

REVISTA BIMESTRE CUBANA, julio-agosto de 1941.

DOMINGO VILLAMIL: *La gran antítesis*. Ingenua visión de esta guerra como la lucha entre el Bien y el Mal. Pero el artículo contiene algunas sensatas sugerencias, por ejemplo la necesidad de renovar la falsa democracia de hoy día. — HERMINIO PORTELL VILÁ: *Revaloración de Céspedes y de su obra revolucionaria*. Una crítica histórica que se propone enjuiciar los hombres y acontecimientos con un criterio objetivo que contemple a los revolucionarios y a su obra enmarcados en la realidad de los tiempos que vivieron y de las circunstancias en que se produjeron. — MANUEL PEDRO GONZÁLEZ: *Bibliografía del novelista Mariano Azuela*. Para la mayoría opinante Mariano Azuela sigue siendo el autor de un solo libro: *Los de abajo*. Con el propósito de rectificar este erróneo concepto, el autor de este artículo ofrece una extensa bibliografía precedida de una noticia biográfica y datos informativos sobre la vocación novelística e iniciación literaria. — JOAQUÍN DE LA LASTRA: *Teresa Montalvo*. — RICARDO RIAÑO JAUMA: *Unamuno*. — MODESTO A. TIRADO: *Apuntes de un corresponsal* (Continuación). — FERMÍN PERAZA Y SARAUSA: *Iconografía de Enrique José Varona*.

LUMINAR, N° 1, México, 1941.

MARCEL WEINREICH: *El hombre, la sociedad y la historia en la filosofía de Nicolás Berdiaeff*. Útil exposición de algunos puntos de vista contenidos en la obra de Berdiaeff: la teoría de lo histórico, la concepción social, el problema y hecho del individuo en la colectividad. — JOHN ADAMS: *El teísmo de El Paraíso Perdido*. Se sostiene que "las ideas de Milton fueron fundamentalmente las de un teísmo personalista" y que "aun cuando generalmente se ha pensado que Milton fracasó en su propósito principal de justificar para el hombre los senderos de Dios, triunfó brillantemente en sus propósitos menores de delinear un programa ético". — NAPOLEÓN M. BURGA: *Personajes de Shakespeare: Yago*. — A. F. RAMÍREZ: *La educación sexual*. — AUGUSTO J. DURELLI: *El ejemplo humano de Jacques Maritain*. Se destaca el magnífico ejemplo de hombre cristiano que nos brinda Maritain. "Maritain jamás se ha "lavado las manos". Maritain jamás ha sido "neutral". Y aquí tenemos el testimonio de su palabra y el testimonio de su firme actitud frente a todos los acontecimientos. ("Hay entre el filósofo y el hombre una unidad perfecta"). 1935: "Lettre sur l'Indépendance". Conflicto ítalo-etíope: "Manifeste pour la Justice et la Paix". Guerra civil española: "De la guerre Sainte". Año 1939: comienza la guerra actual: artículos en *The Commonweal*. Derróta militar francesa: "À travers le désastre". — PEDRO GRINGOIRE: *La superstición de la sangre "Aria"*. Antecedentes inmediatos e ingredientes del racismo nazi. Sus doctrinas fundamentales. De cómo el espíritu sistematizador de la mente alemana ha hecho del racismo una doctrina con pretendidas bases históricas y científicas, pero cómo en el fondo es un credo metafísico, un dogma teo-

lógico y una mística bárbara. El racismo nazi a la luz de la ciencia y la razón. (El concepto de "raza" es científicamente discutible). Exposición clara. Meritoria contribución a la batalla contra el nazismo. — ALVA W. TAYLOR: *El Yo y la Sociedad*. "La piedra angular de la vida, en las democracias, es la libertad del individuo. Pero hay en ellas millones de individuos que disfrutaban de escasa libertad, cuando se trata de obtener pan o de intervenir en la discusión de su situación en el empleo donde obtienen ese pan. Nuestra defensa contra cualquiera forma de regimentación, totalitarismo o dictadura, es modificar la libertad individual aunándola con la obligación social". — FORTUNATO LOZANO: *Sobre el atrayente problema del Valor*. — LUIS OROZCO: *El retorno a la Metafísica*.

●

FILOSOFÍA Y LETRAS, N° 3, México, julio-septiembre de 1941.

ANTONIO CASO: *Los Valores estéticos*. Estas reflexiones se han inspirado en variadas doctrinas estéticas (Kant, Lipps, Schiller, Schopenhauer, Bergson, etc.). Los distintos temas tratados (Unidad de los elementos artísticos — Teoría simbólica del arte — Estética de la forma — La belleza — Sentimiento y esencia de la gracia — Sentimiento y esencia de lo sublime — Sentimiento y esencia de lo trágico — La esencia de lo cómico) no se arquitecturan según un principio unitario, ni obedecen a una intuición fundamental de los problemas estéticos. — OSWALDO ROBLES: *Esquema de ontología tomista* (Primera parte: *El Ser*). — ALFONSO REYES: *Hermes o de la Comunicación Humana*. "La palabra —humo de la boca en el jeroglífico chino— quiere deshacerse en el

aire; se la lleva el viento. "Verba volant, scripta manet". Para que no se pierdan las creaciones de la palabra, los fastos que ella recoge y perpetúa, el museo y la escuela del hombre que ella por sí sola representa, para todos esos fines mágicos se inventó la fijación del lenguaje". El autor examina este proceso, "no en la sucesión real de sus etapas —sería punto menos que imposible—, sino mediante una ficción explicativa" que permite apreciar sus múltiples aspectos, a través de unos cuantos casos ejemplares. Comunicación anterior al lenguaje. El "rayo adámico" de Lacordaire. La palabra. El signo. El conflicto de la diversidad de las lenguas y sus varias soluciones (el retroceso a la mímica —el intérprete o traductor— el paso a nivel y el paso elevado — la lengua artificial). La representación gráfica del habla: ideograma, jeroglífico y carácter fonético. Este artículo —como todos los de Alfonso Reyes— se distingue por su belleza y densidad. — J. A. SOLALINDE: *Las ideas de Ortega y Gasset sobre la Edad Media*. Las ideas de Ortega y Gasset que aquí se comentan pertenecen a sus obras reunidas en un volumen hasta 1932. La mayor parte del presente estudio está dedicada a demostrar que en la más importante de las ideas de este filósofo acerca de la Edad Media, en su valuación del feudalismo, es donde más clara se ve aquella actitud suya hacia los pueblos germánicos, a los que parece atribuir íntegramente la gloria de las instituciones feudales —especialmente a los francos— en su implantación en los pueblos latinizados de la Galia. Es la afirmación trascendente en una de sus obras (*España invertebrada*) al querer demostrar que España fué desventurada por su escaso feudalismo. — JOAQUÍN RAMÍREZ CABAÑAS: *Los Macehuales*.

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, Universidad Nacional autónoma de México, N° 7, 1941.

MANUEL RODRÍGUEZ LOZANO: *Reflexiones sobre la Pintura Mexicana*. Opiniones de este distinguido pintor sobre el movimiento moderno de la pintura mexicana. — JOSEFINA MURIEL DE LA TORRE: *El Convento de Corpus Christi*. Historia del primer convento para indias caciques fundado en América. Estudio de los valores artísticos. — MANUEL TOUSSAINT: *El arquitecto de la Catedral de Cuzco, Perú*. Algunos datos sobre un asunto todavía no aclarado definitivamente. — FEDERICO GÓMEZ DE OROZCO: *Las primeras comunicaciones entre México y Perú*. — VICENTE T. MENDOZA: *Tres instrumentos musicales prehispánicos*. — INFORMACIONES Y DOCUMENTOS: JUSTINO FERNÁNDEZ: *Catálogo de Exposiciones, 1940*. — RAFAEL GARCÍA GRANADOS: *Monografía artística de Oaxaca*. — JUSTINO FERNÁNDEZ: *El ballet ruso*. — VICENTE T. MENDOZA: *La Ópera Tata Vasco*.

LETRAS DE MÉXICO, N° 9, 15 de septiembre de 1941.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: *Un Concurso sin Novela*. Crítica del libro *El Mundo es Ancho y Ajeno*, premiado en Chile primero, y en Nueva York después. “Ciro Alegría, por ahora meteoro peruano, y con un historial más político que literario, escribe un novélón —con un título tan hermosamente “best seller”— ajeno en absoluto a los pasos y estatura de la novela contemporánea, y al mismo tiempo, lejano de una manera ya caduca, pero que aun conserva su nobleza y sus posibilidades”. Dos corolarios por igual desalentadores: “o bien el Jurado de Nueva

York —entre quienes figuraba Dos Pasos, cuya obra muestra su cabal contemporaneidad— otorgó un triunfo inmerecido, deslumbrado quizá por el hermoso título de la novela —que es posiblemente su única calidad—, o bien las restantes novelas eran más malas que la de *Ciro Alegría* y no tuvo el Jurado más remedio que premiar a la tuerta”. — OCTAVIO PAZ: *La Poesía* (poema). — LEÓN FELIPE: *A los antólogos*. Dicen verdad y son muy oportunas las palabras de este poeta. “A mí me molesta ver mis versos enganchados sin mi aprobación con otros vagones a un tren frecuentemente conducido por un maquinista daltoniano que confunde las luces y no sabe adónde nos lleva ¡Pobres poetas” (Nuevas antologías hechas, de ordinario, por el capricho de un coleccionista, por el resentimiento de un poeta dudoso o por los intereses de una casa editorial). “Antólogos inquietos, dejadme acabar y no os apresuréis a arrebatarme de las manos, para meterlo en vuestro cesto, lo que aun no está corregido por mí y seleccionado por el viento. Porque al fin de cuentas mi último antólogo fidedigno será el viento”. — JOSÉ E. ITURRIAGA: *La germanofilia de Ortega*. — V. RODRÍGUEZ DE LA VEGA: *La filosofía de Husserl*. — CÉSAR GARIZURIETA: *Pobre Gato*.

LA FRANCE LIBRE, 15 de noviembre, Londres, 1941.

LAMMENAIS: *Europe Martyre*. Las graves y bellas palabras del filósofo francés adquieren hoy valor profético. — LETTRE DE WINSTON CHURCHILL. Al cumplirse el primer aniversario de *La France Libre*, el Primer Ministro británico, en esta carta dirigida a André Labarthe, expresa sus felicitaciones por la obra cumplida por esta revista. “Gra-

cias a ella el genio nacional francés ha podido hablar al mundo en los momentos más sombríos de la historia francesa". — W. SIKORSKI: *L'Amitié continue*. Acerca de la amistad franco-polonesa. — EDOUARD BENES: *Message*. — GENERAL DE GAULLE: *L'Afrique unie pour la victoire*. — E. N. VAN KLEFFENS: *Page d'histoire, perspective d'actualité*. Los problemas que planteará la postguerra no serán políticos sino preferentemente económicos. — M. H. JASPAR: *Le destin de la France*. No puede estar sujeta a discusión la tradición de libertad y civismo de Francia. Lo que no es probable, y sí discutible, es que — como parece surgir de las consideraciones del autor — los pueblos puedan ser divididos in aeternum en pueblos irremediabilmente guerreros y pueblos pacíficos. — JULIAN HUXLEY: *La lutte contre l'esprit*. Langevin, Cotton, Borel, Lapicque, Mauguin y Villey han sido encarcelados en Francia. Es el testimonio de su fidelidad a la verdad, a la tradición intelectual de su país y al espíritu de libertad de las masas. "Esta comunión, en la resistencia, entre la mayoría del pueblo francés y sus más grandes sabios, es un admirable signo del renacimiento de Francia". — Sigue una serie de notas sobre la personalidad y obra de estos hombres de ciencia franceses: SIR WILLIAM BRAGG: *Paul Langevin*. — J. G. CROWTHER: *Aimé Cotton*. — PROFESSEUR G. H. HARDY, F. R. S.: *Emile Borel*. — PROFESSEUR A. V. HILL: *Louis Lapicque*. — SIR LAWRENCE BRAGG: *Charles Mauguin*. — ANDRÉ LABARTHE: *Unité française*. Emocionantes palabras que exaltan con fervor la necesaria unidad del pueblo francés. Todos los grupos deben participar en la lucha contra el nazismo. Solamente se les exigen dos condiciones: 1º Todos deben adherir a la fórmula: "un seul ennemi l'en-

vahisseur"; 2º Se deben repudiar las ideas del enemigo y rechazar toda colaboración con él. *La bataille pour la maîtrise du continent*. — RENÉ AVORD: *Bureaucratie et fanatisme*. Observaciones justas sobre la Alemania hitlerista. Las imágenes que ha conservado el viajero: la imagen del Tercer Reich adorándose a sí mismo con un bárbaro culto religioso. La imagen del enorme edificio sobre Postdamer Platz con millares de funcionarios y oficiales organizando la armada aérea para asaltar al mundo. — CHRONIQUE DE FRANCE: *Défense de l'esprit français*. — DOCUMENTS SUR LA RESISTANCE FRANÇAISE. — DENISE V. AYME: *La France à travers la presse italienne*. — L. TILLIER: *Un Huguenot français à Londres: Abel Boyer*.

SCRUTINY, Cambridge, octubre de 1941.

W. H. MELLERS: *Conservatism and Tradition: Post Obitum*. Breve, compendiosa nota informativa y crítica sobre la personalidad, obra y significación de estos tres músicos ingleses recientemente fallecidos: *Donald Francis Tovey, Hamilton Harty, Frank Bridge*. — Q. D. LEAVIS: *A Critical Theory of Jane Austen's Writings (II): "Lady Susan" into "Mansfield Park"*. Otro fragmento del interesante ensayo cuya publicación continuará. Análisis de la composición de MANSFIELD PARK. Las tres etapas de su evolución nos introducen en lo más íntimo del proceso de la creación artística de la novelista inglesa. "MANSFIELD PARK represents a much more ambitious undertaking than anything before, and shows new technical devices, a new kind of seriousness, and an attempt at a more sensitive, if less immediately successful style of writing". — D. A. TRAVERSI: *The*

*Development of Modern Italian Poetry* (I). Se señala el interés particular de los poetas italianos por las cuestiones lingüísticas. Las razones que explican este hecho son variadas y derivan de las condiciones peculiares de la cultura italiana. Desde Dante y los *stilnovisti* "the poet is the 'artificer' who moulds words to his intention much as the sculptor shapes his stone or the potter moulds his clay to the desired shape". Cree el autor que la historia de la poesía italiana moderna puede ser interpretada como la modificación —indudablemente profunda— operada en el

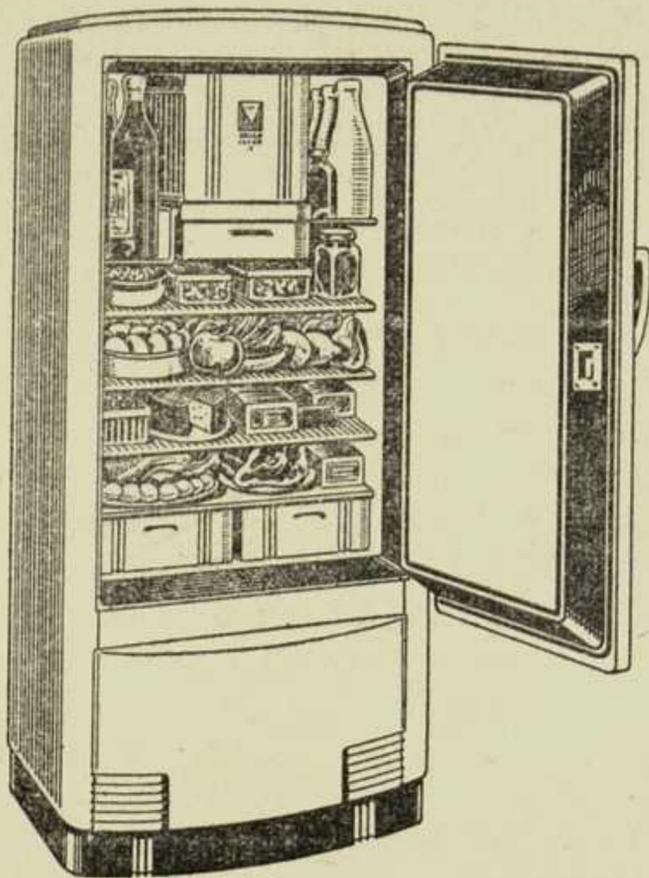
concepto clásico de la poesía por las nuevas condiciones. Estudio del clasicismo de Leopardi ("a classicist caught in a romantic situation and affected by romantic ways of thinking"). En Goisue Carducci disminuye notablemente la influencia clásica. Los primeros versos de un poema como *Alla Stazione in una Mattina d'Autunno* revelan que "la tradición pura del clasicismo italiano es rechazada pora dejar paso a formas de sentimientos más cosmopolitas". — REVALUATIONS (XIV)  
F. R. LEAVIS: *Joseph Conrad*.

MARÍA VICTORIA PRATI



ESTE OCTOGÉSIMO NOVENO NÚMERO DE  
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA  
VEINTIOCHO DE FEBRERO DE MIL  
NOVECIENTOS CUARENTA Y DOS,  
EN LA IMPRENTA LÓPEZ  
PERÚ 666, BUENOS AIRES

## LA HELADERA ELECTRICA



Eficaz protección para la salud de sus familiares, más comodidad e higiene en su hogar, disminución de los gastos domésticos... Eso significa la HELADERA ELECTRICA!

Conserva los alimentos fuera de la "zona de peligro", siempre frescos y sanos. Permite un mejor aprovechamiento de los comestibles, comprarlos en cantidad, a precio más reducido, y disponer a toda hora de bebidas frías y de hielo puro.

Benefíciense con las ventajas de la HELADERA ELECTRICA! Adquiera la suya en cómodas cuotas mensuales, en las Casas de Electricidad o en nuestras Exposiciones en Capital y Provincia



**COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.**

Av. Pte. R. Sáenz Peña 812

U. T. 34, Def. 6001



MINISTERIO DEL INTERIOR

## CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL



### VENTAJAS DE QUE GOZAN SUS DEPOSITANTES

Ventajas extraordinarias que NINGUNA otra institución de ahorro del país puede ofrecer a sus depositantes:

- 1º Inembargabilidad de los depósitos efectuados en las condiciones de ley, hasta un máximo de \$ 5.000.
- 2º Inembargabilidad de la propiedad urbana o rural adquirida con los depósitos efectuados en la Caja, en las condiciones de ley, hasta la suma de \$ 10.000 y mientras la propiedad permanezca en poder del adquirente, su esposa o sus hijos menores.
- 3º Con una misma libreta se puede operar en cualquier localidad del país, por intermedio de las oficinas de correos diseminadas en todo el territorio de la República.
- 4º Franquicia postal amplia, que comprende la exención de franqueo en toda la correspondencia que se mantenga con la institución, y la absoluta gratuidad de los reembolsos telegráficos.

## E D I C I O N E S      S U R

### ADVERTENCIA A EUROPA

por  
Thomas Mann

con un prólogo de  
André Gide

Dos grandes espíritus y un  
libro profético.

★ (\$ 1.20 m/n.)

### LOS JUDIOS entre las NACIONES

por  
Jacques Maritain

Lo que piensa un gran filósofo  
católico sobre este "inmenso  
y doloroso problema".

★ (\$ 0.60 m/n.)

HAN APARECIDO

SAN ISIDRO

————— *por* VICTORIA OCAMPO

Con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen. ★ (\$ 16.-)

TRES GUINEAS

————— *por* VIRGINIA WOLFF

Un libro constructivo y seductor. Todos los hombres conscientes deben leerlo, y no sólo leerlo, sino estudiarlo, todas las mujeres responsables que tengan algún deseo de ayudar a la humanidad. ★ (\$ 3.50)

EL DESTINO DEL HOMO SAPIENS

————— *por* H. G. WELLS

Los orígenes de la guerra actual. Juicio magistral sobre el nazismo, el comunismo y la democracia. ★ (\$ 3.50)

¿CAMBIAR EL MUNDO O  
CAMBIAR EL HOMBRE?

————— *por* DENIS DE ROUGEMONT

La única solución, para el cristiano, del problema esencial de nuestro tiempo. ★ (\$ 1.-)

UN BÁRBARO EN ASIA

————— *por* HENRI MICHAUX

El libro más concreto, más vívido, a veces más cínico, sobre el Asia. ★ (\$ 3.-)

GARCÍA LORCA  
PERSONA Y CREACIÓN

————— *por* ALFREDO DE LA GUARDIA

Apuntes biográficos y exégesis del gran poeta andaluz. ★ (\$ 3.-)

EDICIONES SUR

EDITIONS DES LETTRES FRANÇAISES

PAJARO  
DE BARRO

por

Samuel Eichelbaum

★

(\$ 2.— m/n.)

LE ROMAN  
POLICIER

por

Roger Caillois

★

(\$ 1.80 m/n.)

EL EJERCITO  
DEL PORVENIR

por

el General de Gaulle

★

(\$ 2.— m/n.)

POÈMES  
DE LA  
FRANCE  
MALHEUREUSE

por

Jules Supervielle

★

(\$ 1.20 m/n.)

# HEMOS

*adquirido*

# PRESTIGIO

*como impresores de libros*

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO, nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA  
CONSULTENOS

# IMPRESA LOPEZ

*al servicio del libro*

PERU 666 BUENOS AIRES  
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

## Los católicos, la política y el dinero

por

PIERRE-HENRI SIMON

Libro en que se afrontan con la mayor claridad y valentía los deberes y las responsabilidades del catolicismo frente a los intereses de la política y del dinero.

\*

(\$ 2.50 m/n.)

## VIAJE OLVIDADO

por

SILVINA OCAMPO

Imaginación y lirismo, novedad y gracia de expresión se alían en las páginas de este primer libro, auténtica revelación de un valor nuevo en las letras argentinas.

\*

(\$ 2.— m/n.)

# Acaban de aparecer

- POESIAS COMPLETAS, de *Julio Herrera y Reissig* ..... \$ 5.—  
Toda la obra del gran poeta uruguayo, precursor de las nuevas tendencias líricas.  
Estudio preliminar por Guillermo de Torre.
- BOLIVAR, *Caballero de la gloria y de la libertad*, por *EMIL LUDWIG* ..... „ 6.—  
El más famoso biógrafo contemporáneo rinde homenaje a la América hispana en la  
figura de sus héroes máximos.
- POEMAS ELEMENTALES, por *Francisco Luis Bernárdez* ..... „ 2.50  
Las últimas poesías de uno de los más significativos poetas argentinos.
- DEL CIELO Y DEL ESCOMBRO, por *Arturo Serrano Plaja* ..... „ 4.—
- LA LITERATURA DE CHILE, por *Mariano Latorre* ..... „ 2.—
- TIPOS HISTORICOS DEL FILOSOFAR FISICO, por *David García Bacca* „ 4.—
- CIENCIA NUEVA, por *Giambattista Vico* (2 vols.) ..... „ 7.—
- LA PROPAGANDA POLITICA, por *F. C. Bartlett* ..... „ 2.—
- TEORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES, por *Adam Smith* ..... „ 2.75
- SALARIOS, por *Maurice Dobb* ..... „ 4.50
- LA INDUSTRIA ELECTRICA EN MEXICO, por *Ernesto Galarza* ..... „ 4.50

---

**EDITORIAL LOSADA, S. A.**  
ALSINA 1131 BUENOS AIRES